Arlette Geneve
NAVIDAD EN CRIMSON HILL

NAVIDAD EN CRIMSON HILL

Arlette Geneve

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13

1

DICIEMBRE, CRIMSON HILL, INGLATERRA

Justin Clayton Penword, duque de Arum, seguía apoyado en el escritorio mirando intensamente a su hermano Jamie, que lo observaba a su vez con humor en sus ojos violeta.

—Estás de broma —le dijo el duque, sorprendido.

Jamie respiró profundamente al mismo tiempo que negaba con la cabeza.

—Tu esposa se ha aliado con la mía para hacer de estos días un aquelarre inolvidable para los dos.

Justin soltó un suspiro de impotencia.

—Tenía intención de irme unos días de caza a Crabtree —respondió el duque en voz baja.

Jamie hizo una mueca bastante elocuente.

—¿En Nochebuena? —le preguntó el hermano.

Justin negó.

—Después de la merienda de Navidad.

—Y yo tenía intención de visitar Ruthvencastle para traer una tanda de whisky, ese que le gustaba tanto a nuestro padre.

Justin seguía pensativo. Para él, la Navidad siempre había sido una época de tranquilidad ansiada: días de caza con su padre y su hermano, cenas tranquilas y paseos largos por la propiedad. Al anterior duque de Arun, Devlin Charles Penword, le gustaba pasar los días festivos con sus dos hijos. Pero entonces él, como primogénito, se casó con una española extrovertida y familiar, y entonces Devlin comenzó a organizar reuniones familiares con Dawn que se convertían en asunto de Estado y de las que era imposible evadirse.

—¿A quién dices que piensa invitar su excelencia? —le preguntó el hermano mayor al menor.

Jamie dejó su lugar en la enorme estantería de libros y caminó directamente hacia su hermano. A Dawn no le gustaba su título como duquesa, por eso Justin solía llamarla así para provocarla. Jamie admitió que a él también le gustaba hacerlo.

—La lista de invitados deberías de conocerla —apuntó el hermano menor mientras tomaba posición frente al escritorio.

—No suelo inmiscuirme en asuntos domésticos —farfullo el duque.

Jamie lo imaginaba. Su cuñada, Dawn, llevaba el control de Crimson Hill y de la propiedad con meticulosidad cirujana, y lo hacía

con el beneplácito de Justin, que se desentendía de todo.

—Pues deberías, porque así podrías controlarla.

Justin soltó una carcajada.

—Controlar a Dawn... Ya me gustaría —volvió a soltar otra carcajada.

—Le he trasladado a Isabel mi opinión al respecto —le informó Jamie.

Justin maldijo entre dientes.

—Igual tienes la suerte que yo no tengo.

Pero no era probable. El periodo navideño era una época entrañable y Justin la disfrutaba mucho en el pasado, cuando sus hijos eran pequeños, pero actualmente se había convertido en una inmensa invasión de su propiedad de la que no disfrutaba en absoluto.

—Afortunadamente los españoles están bien lejos —afirmó Jamie sin parpadear.

Justin se quedó pensativo.

El tío de su esposa, el conde Ayllón, llevaba mucho tiempo en España. La guerra carlista había terminado y la corona quería tener al noble cerca. Diego Vílchez de Soriano y su esposa, la prima de ambos, seguían en Escocia, y se temía que sería por un largo periodo de tiempo. El duque se alegró porque Violet Casandra, a la que ellos llamaban Cassie, llevaba muchos años viviendo en el sur del reino de España y Justin pensó que ya era hora de que sus tres hijos conocieran sus raíces escocesas.

—¿Vendrá Brandon a la cena de Nochebuena? —le preguntó Jamie.

Justin hizo un encogimiento de hombros.

—No lo creo probable —respondió—. Serena ha invitado a sus padres y a su tío español para que pasen con ellos las fiestas en Lumsdale Falls, en el condado de Norfolk.

—¿Lorenzo del Valle pasará las fiestas en Gran Bretaña?

La pregunta denotaba sorpresa.

—Creo que Lorenzo desea ver el lugar en el que vive el ahijado del difunto conde de Zambra.

Eso tenía su lógica, se dijo Jamie.

—¿Vendrán Mary e Ian a Crimson Hill? —preguntó Jamie, curioso. Desde que Ian era laird de los McGivers, él y su esposa apenas se desplazaban de las Tierras Altas de Escocia a Inglaterra—. Sería impensable que no disfrutaras de tus nietos en estos días memorables —constató Jamie, que no podía creer que Mary no pasara esos días con sus padres y sí con la abuela y los escoceses del norte.

Justin seguía pensando.

—Dawn está haciendo lo imposible para que Mary e Ian puedan pasar las fiestas en Crimson Hill —respondió el duque—. Pero

Morgana es una tirana y apenas deja respirar a su nieto, y por extensión incluye a mi hija.

El control que ejercía Morgana sobre Ian rayaba la tiranía.

—Lo justo sería que pasaran aquí la Nochebuena y el Año Nuevo en Escocia —señaló Jamie.

Justin confiaba en que su esposa lograra esa hazaña.

—¿Vendrán Eulalia y Harry con toda su tropa? —preguntó Jamie.

Justin entrecerró los ojos.

—En Nochebuena no, seguramente el día de Navidad —contestó pensativo—. O al menos eso creo que me dijo Dawn. No obstante, creo que Martín y su esposa se encuentran en Londres por negocios. Eulalia y Harry se han quedado con las cuatro niñas.

Jamie pensó que Justin estaba bien informado de todo.

—Pues, si mi familia pasa la Nochebuena en Crimson Hill, lo justo sería que la tuya pasase el último día del año en Watford Abbey.

Justin pensó que su hermano tenía razón. Crimson Hill era más grande y siempre habían celebrado las Navidades en la casa familiar cuando el anterior duque de Arun aún vivía, pero ahora Jamie tenía su propia familia y también disfrutaba de las visitas de su hermano mayor y sus sobrinos en su hermosa propiedad de Watford Abbey.

—¿Tendré que invitar al posible futuro pretendiente de mi sobrina, Alexandra? ¿Al callado, serio y hermético lord Lawrence? —le retó Justin.

Jamie soltó un quejido lastimoso.

—¡Ni se te ocurra! —le ordenó tajante—. Los rifirrafes de esos dos me sacan de quicio.

—¿Ni siquiera a la merienda del día de Navidad? —siguió provocándolo.

Jamie se levantó y caminó hacia la ventana. No podía ponerle nombre a la relación que su hija Alexandra mantenía con Kent Harvey Lawrence, sobre todo desde que Alexandra se creía enamorada de Alexander Wesley, el amigo americano de Roderick, y capitán de barco. Había visitado Crimson Hill en dos ocasiones y Alex había perdido la cabeza por completo por el yanqui. Como él se encontraba solo en Inglaterra, pues la duquesa había pensado que sería una buena sorpresa invitarlo a Crimson Hill.

—Pienso que Kent Harvey Lawrence no es un enamorado de Alexandra, sino un amigo que trata de que mi hija no cometa tantos errores por su impulsividad —respondió Jamie con un suspiro.

—Últimamente se les ve juntos en demasiados lugares.

A Jamie no le quedó más remedio que asentir.

—Es el mecenas que ha puesto el dinero para que mi hija pueda llevar a cabo el negocio del diario de sociedad femenino —contestó

Jamie.

La revista de sociedad era un éxito rotundo, pues Alexandra sabía qué noticias de la nobleza eran las más jugosas.

—He de admitir que Kent tiene olfato para los negocios —admitió Jamie.

—No tendrías que haber permitido que fuera el socio mayoritario de la revista —le recordó el duque.

—Ninguno creímos que funcionaría, solo Kent. Por eso es el socio mayoritario del negocio, y créeme, mi hija se lo pone muy difícil, pues ya conoces lo voluntariosa, terca y decidida que es.

—Y lleva ya varios escándalos seguidos.

Jamie terminó sonriendo. Alexandra había destapado por sorpresa la infidelidad del barón de Ashley y la fuga de la hija menor del marqués de Roster con un aspirante a actor que trabajaba como mozo en las cuadras del marqués.

—Pero también anuncia bonitas y grandes noticias —afirmó Jamie.

—Entonces no invitamos a Kent Harvey Lawrence —Justin regresó al tema del amigo y mecenas de su sobrina Alexandra.

Acababa de descubrir cuánto le gustaba provocar a su hermano pequeño, pero Jamie también tenía artillería para dispararle a su hermano mayor.

—Preocúpate de tus asuntos, que bastante tienes con ellos para pensar en solucionar los míos —le recomendó Jamie.

Justin soltó un largo suspiro. Sabía perfectamente que su hermano aludía al encuentro que había tenido dos semanas atrás con Roger Eden Wilson. Tras la muerte de su único hijo en un desgraciado e inoportuno accidente, Roger se había negado a romper el acuerdo de compromiso entre los dos ducados. Pretendía continuar el pacto firmado entre Justin y él con la hija menor del duque de Arun, y con su sobrino Maximilian Weisz, hijo de su hermana Margaret. Dawn se había opuesto por completo, pero Roger podía llevar el acuerdo firmado a la corona para que se pronunciara al respecto y lo había amenazado con hacerlo si no atendía a razones.

Al ver el rostro de su hermano, Jamie se preocupó de veras.

—Es un asunto serio, ¿verdad? —le preguntó.

Justin pensó que Jamie no podía ni imaginarse hasta qué punto tenía las manos atadas. Si Roger llevaba el asunto del compromiso a la corona, la reina se pronunciaría, y él no tendría más remedio que aceptar la decisión al respecto.

—Ahora no quiero pensar en ello —respondió Justin—. Centrémonos en este tiempo dichoso.

—Es lo que tiene la Navidad —admitió Jamie—. Todo parece tener solución…

2

Isabel estaba asombrada. La duquesa de Arun había hecho un trabajo excepcional, pues los jardines y caminos que llegaban a Crimson Hill también estaban decorados para tan señalada fecha. Linternas y faroles de gas iluminaban las entradas y guirnaldas naturales adornaban las puertas de los pabellones exteriores. Isabel lamentaba que no hubiera nevado, por lo que la imagen de la mansión se quedaba sin el toque mágico. Otros años, con las ramas de los árboles cubiertas de blanco y reflejando la luz de las lámparas, todo parecía mucho más bonito.

Aurora la esperaba en el umbral de la puerta que el mayordomo mantenía abierta.

«Creo que te has superado este año...».

La duquesa sonrió tras escucharla.

—Tener hijos adultos es una gran ventaja, pues aportan muchas más ideas para la decoración —respondió, invitándola a entrar.

El enorme vestíbulo estaba adornado con ramas de pino, acebo y laurel, dispuestas en guirnaldas que rodeaban las puertas y las balaustradas de las escaleras. Esos adornos naturales, salpicados de bayas rojas y lazos de terciopelo rojo y verde, aportaban un aire acogedor y festivo a la casa.

—¿No has encontrado un árbol más grande? —Isabel tenía los ojos abiertos como platos al ver que la altura del mismo llegaba casi hasta el techo del vestíbulo.

El gran árbol de Navidad ocupaba el lugar central y estaba decorado con velas, cintas de colores, nueces doradas y adornos de cristal.

—Esto ha sido cosa de mis hijos —respondió resignada.

Isabel siguió a la duquesa hacia el salón. En los sofás y sillones había cojines con motivos navideños, y la enorme chimenea estaba decorada con guirnaldas de acebo, muérdago y piñas. En la repisa habían colocados de forma estratégica candelabros de plata y jarrones llenos de flores de invierno, como rosas de Navidad y amarilis.

—Tu suegro Devlin estaría muy orgulloso.

A la duquesa se le llenaron los ojos de lágrimas. Daba igual el tiempo que pasara, ella siempre llevaba en su corazón a su querido suegro.

—Las Navidades ya no son las mismas sin él.

—Sigues decorando Crimson Hill de la misma forma que lo hacías cuando estaba tu suegro —afirmó Isabel al mismo tiempo que se sentaba en el cómodo sofá—. Creo que es un homenaje muy bonito hacia su recuerdo.

Aurora se limpió una lágrima de emoción. Siempre le ocurría

cuando lo recordaba.

—¿Por qué no has traído al pequeño Logan? —le preguntó la duquesa de pronto para cambiar de conversación.

Isabel hizo un encogimiento de hombros.

—Alex se ha quedado a su cuidado para que estuviéramos más cómodas preparando la cena de Nochebuena.

—Estoy desolada —le dijo de pronto Aurora.

Su cuñada la miró con extrañeza.

—Roderick no cenará con nosotros en Nochebuena —se quejó la duquesa.

Isabel soltó un suave suspiro.

—Es lógico que cene en casa de sus suegros —respondió la mujer de pronto—. Es tradición en España que las hijas cenen con sus madres esa noche.

Aurora seguía pensativa.

—Pero estamos en Inglaterra —se quejó.

Isabel giró el rostro hacia la chimenea adornada.

—Tu hija, Mary, estará contigo esa noche —le recordó—. Ian, por el contrario, no estará con la suya.

Esas palabras resultaban muy poco consuelo porque Mary pasaría la Nochebuena entre escoceses, pero todavía no quería anunciarlo.

—Ya hablaremos cuando tu pequeño Logan sea un adulto y tenga su propia esposa, suegra, cuñados...

Isabel hizo un gesto elocuente con los labios.

—Es ley de vida, amiga mía, las hijas con las madres, los hijos con las suegras —la duquesa no estaba de acuerdo, pero tenía que aceptarlo.

—Cuando mis otros cuatro hijos se casen, los perderé porque celebrarán estas fiestas entrañables con sus familias políticas. Solo me quedará el consuelo de Mary y Beatrice.

Isabel podía comprenderla.

—Puedes pedirle a tus cuatro hijos que busquen entre todas las muchachas a aquellas que sean huérfanas —dijo Isabel en broma, pero la duquesa no lo tomó como tal.

—Me parece una idea genial.

Isabel se mostró horrorizada.

—¡No lo decía en serio! —exclamó la condesa.

Aurora soltó una carcajada.

—Ah, pero me ha parecido una idea de lo más atrayente.

Los ojos de la duquesa brillaban. Isabel carraspeó.

—Bueno, comencemos a diseñar el menú para la cena —le dijo seria.

Aurora tomó el papel, la pluma y el tintero y se lo llevó a donde

estaban sentadas. Un segundo después, con gesto pensativo, comenzó a escribir las primeras líneas del menú en el papel, mientras Isabel la observaba. El crepitar del fuego en la chimenea acompañaba la suave caída de la pluma sobre el pergamino, y el aroma a pino, que impregnaba toda la estancia, parecía más intenso en ese momento.

—Para empezar, el caldo de caza —dijo Aurora con decisión, levantando la vista hacia Isabel—. Nada mejor para abrir el apetito que algo robusto, pero elegante.

Isabel asintió, recordando lo mucho que disfrutaban los invitados de ese plato cada año. La carne tierna de venado cocida con hierbas y especias era un clásico infalible.

—Estoy de acuerdo. Caldo de caza —comentó Isabel, mientras se inclinaba para leer lo que la duquesa iba añadiendo—. Podríamos continuar con aves, ¿te apetece? —le preguntó.

Aurora hizo una pausa breve y esbozó una sonrisa antes de continuar.

—Podríamos servir pavo relleno de castañas y manzanas, acompañado de una salsa de grosellas. Es una receta que le gustaba mucho a mi suegro, Devlin —agregó con cierto orgullo—. Nadie puede negarse a un buen pavo en Navidad.

Isabel asintió.

—Por supuesto, pero yo sugiero que también sirvamos un roast beef bien jugoso —propuso Isabel—. Hay varios de nuestros chicos que prefieren la ternera.

Aurora sabía que Isabel se refería a sus dos hijos mellizos, Victor y Andrew, y también a su cuñado Jamie, a quien no le gustaba demasiado la carne de pavo.

—Tienes razón, Isabel. No queremos que nos falte nada para los que disfrutan de platos más clásicos, como tu esposo y dos de mis hijos.

Aurora asintió con un leve gesto de aprobación y continuó escribiendo. Su mirada se iluminaba con cada nuevo plato que sumaban al festín.

—En cuanto a los acompañamientos —añadió Aurora—, propongo puré de chirivía y zanahorias glaseadas. Algo tradicional, pero delicioso.

—Y no olvidemos las coles de Bruselas con tocino, son imprescindibles en la mesa navideña —dijo Isabel con una leve sonrisa.

Aurora puso cara contrariada. Ella detestaba las coles de Bruselas, pero no despreciaba un buen tocino macerado.

La conversación fluía entre platos y risas mientras las dos damas discutían la inclusión de diferentes manjares. El aroma a resina y las chispas que saltaban del fuego llenaban la atmósfera de calidez. Entre

risas, Aurora propuso una variedad de pasteles de carne y patés, y añadió al menú un refinado paté de faisán que prometía ser uno de los platos estrella.

—De postre, sin duda, el tradicional pudín de ciruelas con brandy flameado —declaró Aurora, escribiendo con firmeza—. Nadie debería irse sin haber probado una cucharada.

—Y quizás unos mince pies rellenos de frutas y especias para acompañar el té después de la cena —agregó Isabel, imaginando a los invitados junto a la chimenea, disfrutando de esos dulces.

Aurora asintió satisfecha y, tras unos minutos de silencio, observó con orgullo el resultado final.

—Es un menú digno de Crimson Hill —concluyó—. La familia y los invitados quedarán encantados.

Isabel la miró con cariño y cierto toque de nostalgia.

—Aparte de la familia, ¿qué invitados esperamos? —le preguntó la cuñada en un tono de voz susceptible.

—Estoy haciendo malabares para que Eulalia y su familia cenen con nosotros.

Isabel parpadeó con sorpresa.

—La cena puede ser de lo más animada con las nietas de Eulalia.

Aurora sonrió.

—Le he extendido la invitación a Alonso de Lara, el hermano de Martín. Aracena me envió un mensaje para informarme que piensan visitar a su hijo primogénito en Escocia y, al saberlo, le dije que estaríamos encantados de tenerlos en Crimson Hill para la cena de Nochebuena.

Isabel se quedó pensativa.

—¿Querrá el duque del Alcázar celebrar las fiestas navideñas en Inglaterra? —preguntó incrédula—. Con lo que detesta tanto a ingleses como a escoceses.

Aurora soltó un suave suspiro.

—Al decirme Aracena que pensaban visitar Escocia, creí conveniente invitarlos.

Isabel pensó que, si los Lara aceptaban, esas fiestas serían recordadas durante mucho tiempo, para bien o para mal.

Aurora seguía preocupada por el rostro serio de su cuñada.

—¿Crees que me equivoqué al invitarlos?

Isabel no sabía qué contestarle, pero finalmente se decidió.

—Será una Nochebuena maravillosa —murmuró Isabel para restarle preocupación al rostro de la duquesa.

Fuera se escuchaba el viento soplar suavemente.

—Me gustaría que nevara —susurró la duquesa con los ojos entrecerrados.

Y durante la siguiente hora, ambas mujeres estuvieron diseñando

los entretenimientos para después de la cena de Nochebuena que se serviría en el salón de banquetes de Crimson Hill.

3

WATFORD ABBEY

Alexandra Penword veía a Kent leer su manuscrito atentamente, pero debía leer muy lento porque llevaba ya un buen rato. Ella se desesperaba porque deseaba conocer su opinión de inmediato. Cruzó las manos en el regazo e intentó aparentar calma, pero por dentro era un hervidero de especulaciones.

Era una historia corta que podría salir en el London Times en la sección de cuentos, y ella intuía que podría ser el principio de algo bueno.

Pasado un buen rato, Kent alzó la vista y la clavó en ella.

—Esto es un despropósito —el ánimo de Alexandra se vino abajo.

—Podrías utilizar una palabra más bondadosa —le espetó, dolida.

—¿Deseas que te mienta? —le preguntó el amigo con las cejas alzadas.

—Desearía un poco de benignidad por tu parte —le mostró ella.

Kent mostró su escepticismo al escuchar la palabra.

—No escuchas mis consejos, Alex —la reprendió el hombre con cierta dureza—. No intentes utilizar palabras tan rebuscadas. Escribe de forma sencilla y natural, como sueles hablar conmigo.

—Tú eres un amigo, no un lector —se defendió ella—. Aunque los amigos no se tratan tan mal como me tratas tú.

Kent dejó los tres folios en la mesa y cruzó los brazos detrás de la espalda.

—Eres una vanidosa y una presumida —respondió, sosteniéndole la mirada.

—No soy nada de eso —lo contradijo.

Kent se tomó un tiempo en responderle, como si necesitara meditar sus palabras.

—Te encanta que adulen tu intelectualidad —afirmó el hombre sin darle opción a que le respondiera—. Y alardeas de palabras rimbombantes en las conversaciones porque crees que de esa forma destacas más. ¿Qué es eso sino presunción?

Alexandra sintió un nudo en la garganta, pero intentó disimularlo. La dureza de las palabras de Kent la golpeaba con más fuerza de lo que habría querido admitir. Se levantó lentamente de la silla, alisándose con las manos el vestido de muselina azul que llevaba puesto. Trató de reunir el coraje necesario para enfrentarse a él con dignidad.

—Es cierto que aprecio la intelectualidad, pero no por deseo de alardear —replicó, en un tono que intentaba mantener firme—. Lo hago porque siento que las palabras y las ideas nos permiten expresarnos de una forma más profunda y significativa.

Kent arqueó una ceja, observándola como si estuviera evaluando cada palabra que salía de sus labios.

—Y te pierdes en esa búsqueda —dijo él, sin dejar de mirarla con esa intensidad que la hacía sentir pequeña—. Alexandra, quiero que comprendas que la sencillez es una virtud, no una debilidad. Tus historias, si fueran más naturales, cautivarían mucho más.

Las palabras de Kent, aunque bien intencionadas, seguían resonando en ella como una crítica. Alexandra dio unos pasos hacia la ventana, desde donde se podía ver el jardín con sus flores otoñales. El cielo gris reflejaba su estado de ánimo.

Alexandra respiró hondo e intentó contener la irritación que comenzaba a formarse en su interior. Había aguantado muchas críticas de Kent, pero esta vez sentía que había cruzado un límite. Se giró hacia él, con la barbilla ligeramente alzada, y lo miró fijamente.

—No es vanidad, Kent —dijo, con voz firme pero controlada—. Es pasión. Algo que no pareces entender.

Kent, que la había estado observando con los brazos cruzados, dejó escapar un suspiro exasperado.

—Pasión no es lo que veo en esas páginas, Alex —respondió él, señalando el manuscrito que había quedado sobre la mesa—. Veo un esfuerzo por impresionar, por llenar cada línea de florituras innecesarias. ¿Para quién estás escribiendo, Alex? ¿Para unos pocos o para todos?

—¡Por supuesto que escribo para todos! —exclamó ella, dando un paso hacia él—. Es mi voz, mi manera de expresarme. No voy a rebajarme solo porque tú crees que a la mayoría no le gustará.

Kent arqueó una ceja y su tono se volvió más frío.

—¿Rebajarte? —repitió, incrédulo—. Alexandra, no estoy sugiriendo que dejes de ser tú misma. Pero esa escritura cargada de adornos y palabras altisonantes no es lo que hace grande a un escritor. Se trata de la claridad de sus ideas y de la capacidad de conectar con el lector. ¿De qué sirve un párrafo lleno de palabras elegantes si nadie entiende lo que quieres decir?

Alexandra apretó los labios, su frustración crecía con cada palabra.

—No todos buscamos esa simplicidad tan vacía de emociones. ¡Algunos buscamos algo más profundo! —le espetó.

Kent dio un paso hacia ella con mirada brillante.

—¿Profundidad? —preguntó con tono desafiante—. profundidad no significa perderse en un laberinto de palabras. La profundidad está

en las emociones, en los personajes, en la historia. Y lo que estás haciendo ahora es esconderte detrás de las palabras. ¡Es como si tuvieras miedo de que la gente vea quién eres en realidad!

Alexandra sintió como si la hubiera abofeteado. Esa última frase la hirió más de lo que quería admitir. Abrió la boca para responder, pero las palabras no le salieron de inmediato. Estaba furiosa, dolida, pero sobre todo… confundida.

—¿Miedo? —murmuró, incrédula—. ¿Eso piensas de mí? ¿Qué tengo miedo?

—Lo pienso, sí —respondió Kent, más suave esta vez, aunque manteniendo su posición—. Conozco esa sensación. Yo mismo me escondía detrás de una fachada arrogante. Y lo haces tú ahora, aunque no quieras admitirlo.

Alexandra lo miró, intentando procesar sus palabras. Pero, en lugar de sentir que se calmaba, la rabia creció aún más. Dio un paso más cerca de él, con los ojos incandescentes.

—Tú no sabes nada de mí, Kent —dijo en un susurro afilado—. No sabes lo que es ser una mujer a la que se juzga en cada acción, cada mirada y cada palabra que pronuncia. ¡Tú no eres más que un hombre que puede decir lo que quiera sin consecuencias! Pero yo… yo tengo que luchar por cada pedazo de respeto, y si para eso tengo que adornar mis palabras, lo haré. Porque si no lo hago, nadie me tomará en serio.

Kent parpadeó, sorprendido por la intensidad de sus palabras. No esperaba esa explosión. Se quedó en silencio, observándola, y su postura se relajó un poco.

—Alex… —empezó él, pero ella lo interrumpió.

—No, déjame terminar —dijo ella, y su voz tembló ligeramente, aunque mantuvo el control—. Estoy cansada de que me digas cómo debo escribir, cómo debo ser. Me esfuerzo en cada palabra, en cada página. Que tú, mi amigo, me digas que no es suficiente me duele más de lo que te imaginas.

Kent finalmente pareció bajar la guardia, su rostro se suavizó. Sabía que había tocado una herida profunda y, aunque su intención nunca había sido lastimarla, entendía que lo había hecho.

—No quería hacerte daño —dijo con un susurro sincero—. Solo quería ayudarte a mejorar.

Alexandra lo miró con una mezcla de rabia y tristeza.

—Tal vez no quiero tu ayuda —respondió, y tras una pausa dolorosa, añadió—. Tal vez solo quiero que me apoyes.

El silencio que siguió fue pesado, cargado de emociones no dichas. Ambos se miraron, sabiendo que algo en su amistad había cambiado tras esa discusión.

—Claro que deseo ayudarte —le dijo en voz baja.

—Está claro que no cuando eres incapaz de comprender lo que significa para mí —murmuró con suavidad, casi para sí misma—. Este cuento... esta historia es una parte de mí, y al llamarla un despropósito, siento que me estás analizando.

Kent se acercó a ella, más tranquilo, dejando atrás la dureza de momentos anteriores.

—No te critico, Alex. Solo quiero que logres lo que más deseas en la vida: ser escritora. Eres una mujer brillante, pero no necesitas enrevesar tus palabras para demostrarlo.

Alexandra lo miró de reojo, sin estar del todo convencida. ¿Era posible que su forma de escribir, su manera de ver el mundo a través de las palabras, fuera la equivocada? ¿Debía realmente despojarse de esa complejidad que tanto amaba?

—Pues no me lo parece —concedió al final, en voz baja, aunque sin estar segura de creerlo del todo.

Kent, viendo que la conversación había agotado el ánimo de su amiga, tomó el escrito de la mesa y lo dejó caer suavemente en su regazo.

—Reescríbelo, Alexandra. Escribe desde el corazón, no desde la vanidad. Verás que el resultado será mucho mejor.

Ella iba a contestarle con una grosería porque no pensaba reescribirlo. Para ella estaba perfecto y...

—¿Ya estáis discutiendo otra vez? —preguntó la voz del padre de Alexandra desde el umbral de la puerta—. ¿Os he dicho que parecéis más un matrimonio mal avenido que amigos que se respetan?

Kent bajó la mirada, porque últimamente Alexandra y él discutían mucho por cosas sin importancia.

—No discutíamos —le explicó Kent—. Simplemente intercambiamos opiniones sobre la escritura —respondió con voz suave.

Alexandra parpadeó incrédula.

—¿Conversando? —preguntó atónita. Se giró hacia su padre y alzó la barbilla—. Este amigo traidor me ha llamado vanidosa, presumida, miedosa…

Esa última palabra le había dolido de verdad.

Jamie lanzó un suspiro largo de impotencia, e hizo lo único que se le ocurrió, mediar. Estaba claro que su hija pretendía un aliado en contra de Kent, pero él ya había aprendido la lección.

—Te recuerdo que en vuestra última discusión tú lo llamaste ignaro de solemnidad, necrófago de la intelectualidad y… ¿qué era lo otro? —preguntó Jamie, entrecerrando los ojos como si intentara recordar el insulto exacto.

—¡Pez de charca estancada! —replicó Alexandra sin dudar, cruzándose de brazos.

Kent dejó escapar una carcajada suave, aunque sin rastro de alegría.

—Lord Penword, si supiera lo obstinada que es su hija cuando se trata de su escritura…

Jamie los miró a ambos, con una sonrisa cansada que mostraba la mezcla de cariño y exasperación que sentía al ver a esos dos cabezotas enfrentados una vez más.

—Oh, lo sé muy bien —respondió Jamie, con las manos en los bolsillos—. Pero también sé que Alexandra solo pelea con aquellos a los que realmente valora. Así que, si sigues en esta casa después de tantas discusiones, Kent, debes saber que te tiene mucho aprecio.

Alexandra resopló, claramente no convencida, y lanzó una mirada mordaz a Kent.

—No es cierto —murmuró, aunque su tono no tuvo tanto convencimiento—. Lo único que quiero es que me deje en paz y que acepte que escribo como quiero, y, ya de paso, que se marche a la India de una vez.

Esa afirmación se le clavó a Kent en el corazón como si fuera un dardo afilado.

—No te preocupes que lo segundo va a suceder muy pronto —dijo Kent con una sonrisa ladeada—. Pero como buen amigo que soy, no pienso decirte las palabras que quieres escuchar en detrimento de las que necesitas de verdad.

Alexandra entrecerró los ojos, aún enfadada, pero el comentario de su padre había suavizado algo en su corazón, aunque no lo mostraría.

—Bueno, si habéis terminado el rifirrafe diario, ¿qué tal si tomamos un té con pasteles? —propuso Jamie, interrumpiendo el tenso intercambio con un tono conciliador—. Tal vez la comida os calme los ánimos. Al menos, durante un rato.

Kent y Alexandra se miraron de reojo, aún con el orgullo herido, pero sabiendo que continuar la pelea no tenía mucho sentido. Ambos asintieron con gesto resignado y Jamie, satisfecho, los condujo hacia la salita donde esperaban el resto de la familia.

Mientras caminaban en silencio, Alexandra lanzó una última mirada desafiante a Kent.

—Aún no he terminado contigo, *feoguapo* —murmuró, aunque en su voz hubo un deje de travesura.

—Yo tampoco, *tontalista* —respondió Kent en un tono que mezclaba desafío y diversión—. Pero lo terminaré antes de regresar a la India.

Y así, por un instante, el fuego de la discusión se apagó, dejando una tregua precaria pero, al fin y al cabo, una tregua.

4

CRIMSON HILL

Devlin Alexander Penword, tercer hijo del duque de Arun, estaba sentado en la biblioteca. Tenía un libro en las manos, pero no podía concentrarse en la lectura. Desde que su madre le había contado a su cuñada Isabel que posiblemente la gitana Eulalia cenaría en la mansión con su familia, él se sentía inquieto, expectante y también ansioso. Pensaba en la nieta mayor de Eulalia, Catalina, y se le aceleraba el corazón.

La muchacha era todo lo que un hombre podía desear. Era esbelta y graciosa. Tenía un precioso color de cabello oscuro que enmarcaba unos hermosos ojos pardos. Nunca jamás había visto ese color de ojos tan particular y menos en una mujer. Cada vez que la miraba, le hacía arder.

Devlin intentaba concentrarse, pero las palabras del libro parecían desvanecerse ante sus ojos. Su mente volvía una y otra vez a la imagen de Catalina, a sus movimientos ligeros y a esa sonrisa traviesa que parecía esconder secretos antiguos. A pesar de que la relación entre ellos era distante y formal, cada vez que ella entraba en la habitación, el aire parecía volverse más espeso. Su sola presencia le afectaba de una manera que jamás había experimentado.

El hecho de que Catalina pudiera cenar con ellos en Nochebuena lo inquietaba profundamente. ¿Cómo podría mantener la compostura sabiendo que estaría tan cerca? Cada vez que la miraba, le parecía que había algo en su porte y en sus gestos que hablaba de una pasión contenida, una fuerza que no lograba comprender del todo, pero que lo fascinaba y perturbaba a un tiempo.

Pero la conversación que había mantenido con su padre echaba por tierra sus deseos.

Devlin miró hacia los jardines que se extendían más allá, intentando ordenar sus pensamientos. La propuesta de su padre, el duque de Arun, seguía resonando en su mente como un eco persistente.

Un compromiso con el ducado de Howgill.

Lady Lena Sheffield era una joven agradable, pero simple, proveniente de una de las familias más respetadas de Inglaterra. El compromiso tenía todo el sentido desde un punto de vista estratégico. Fortalecería las alianzas entre ambas casas y garantizaría estabilidad para el futuro. Su padre, siempre tan pragmático, le había expuesto los beneficios de la unión con una frialdad que Devlin comprendía, pero

que también lo inquietaba.

«Es lo que se espera de ti», había dicho el duque con ese tono firme que Devlin conocía tan bien. «El deber de un hijo es velar por la continuidad de la familia, por su prosperidad. No se trata solo de tus deseos».

Devlin respiró profundamente, sintiendo el peso de esas palabras sobre sus hombros. Era cierto. Toda su vida le habían educado para asumir esa responsabilidad. Como el hijo obediente, siempre había seguido los designios de su padre sin cuestionar. Había sido el que no causaba problemas, el que cumplía con las expectativas. Al contrario que su hermano gemelo, Hayden, que desafiaba las normas con cada paso, él había aprendido a callar sus dudas y poner a la familia por delante.

Pero ahora, sentado en esa biblioteca, esas dudas parecían más ruidosas que nunca. ¿Lena Sheffield? Nunca la había visto más que en compromisos sociales. Nunca había sentido por ella algo que pudiera describir como atracción. ¿Era esto lo que quería para el resto de su vida? ¿Una unión basada en el deber y la estrategia, sin espacio para los propios deseos?

«¿Mis propios deseos?», pensó, y se sorprendió al darse cuenta de que apenas había dedicado tiempo a explorarlos. Durante años había dado por sentado que seguir los pasos de su padre era lo correcto, lo natural. Pero ahora, en la encrucijada de un compromiso que lo ataría de por vida, no podía evitar preguntarse si había algo más allá de ese sentido del deber.

Su madre, la duquesa de Arun, siempre había sido diferente. Desde pequeño, ella había sido la que le recordaba que, aunque el deber era importante, él debía encontrar su propio camino. «Eres mi hijo, Devlin, pero también eres una persona distinta», le decía con una sonrisa suave. «No olvides que tienes derecho a decidir por ti mismo. No todo tiene que ser sacrificio».

Sus palabras le habían acompañado a lo largo de los años, pero rara vez las había tomado en serio. Quizás porque sabía que desafiar las expectativas de su padre era algo que no se atrevía a hacer. El duque de Arun era harina de otro costal. Para él, el sacrificio personal era algo natural. «Las familias nobles no se forjan en el capricho, sino en la disciplina y la responsabilidad», solía decir. Y Devlin, hasta ahora, había aceptado esa verdad como la suya.

Pero, ¿era realmente su verdad? En momentos como ese, en los que el futuro parecía tan determinado, no podía evitar sentir una profunda vacilación. Sabía que Lena Sheffield cumpliría con su deber, que haría lo que se esperaba de ella, como él. Pero ¿sería eso suficiente para una vida entera? ¿Era ese el tipo de vida que quería para sí mismo?

«Hayden lo tendría claro», pensó con una pequeña sonrisa. Su hermano siempre había sido la voz del desafío, el que le recordaba, aunque a menudo de manera exasperante, que la vida no se trataba solo de obediencia ciega. Y, de hecho, había intentado decírselo de nuevo en su última conversación, insistiendo en que no debía aceptar ese compromiso sin cuestionarlo. «Lucha por tu libertad, Devlin», le había dicho Hayden con ese brillo en los ojos que siempre le llevaba al borde de la insubordinación.

Pero Devlin no era Hayden. No podía simplemente apartar las expectativas familiares como si no significaran nada. Había sido educado para honrar el legado de los Penword, para continuar las tradiciones y mantener la estabilidad que tantos antes que él habían construido. No podía imaginarse enfrentándose abiertamente a su padre, desafiando una decisión que parecía inevitable.

Sin embargo, mientras paseaba por la habitación, notó que el nudo en su pecho se apretaba aún más. Tal vez no tenía la valentía de su hermano para rebelarse, pero también sabía que seguir ciegamente lo que se esperaba de él no sería fácil.

¿Qué debía hacer?

El sonido de la puerta de la biblioteca abriéndose suavemente lo hizo levantar la vista. Era su madre, una mujer imponente que nunca dejaba nada al azar. Entró con la elegancia que la caracterizaba, pisando apenas sobre las gruesas alfombras.

—Devlin —su voz era baja, casi susurrante, como si se guardara un secreto—. Andaba buscándote.

El hijo dejó el libro que no había podido leer en el sillón.

—¿Tenía algo que decirme? —le preguntó mirándola.

—Imagino que te has enterado de que he invitado a Eulalia y a su familia a la cena de Nochebuena.

Devlin asintió con la cabeza.

—Sí, lo supe por la tía Isabel —contestó el hijo.

Él tragó saliva disimulando su incomodidad.

—Quería hablar contigo sobre ello.

—¿Lo cree necesario?

Aurora recordaba perfectamente el último encuentro entre Devlin, Catalina y el amigo americano de su hijo Roderick, Alexander Wesley. Incluso su sobrina Alexandra parecía encandilada con el americano. Todas las jóvenes de esa parte de Inglaterra caían rendidas por al apuesto y divertido capitán de barco.

—No me gustaría que te pusieras en evidencia otra vez —afirmó la madre.

—No, madre, claro que no —respondió con más firmeza de la que sentía—. Entiendo que es una noche muy especial para la familia.

La duquesa lo observó con ojos astutos, como si pudiera ver más

allá de sus palabras. No podía evitar sentir cierta preocupación cada vez que veía el brillo en los ojos de su hijo cuando mencionaba a Catalina. Aunque no lo decía en voz alta, veía claramente los signos de un enamoramiento en él, algo que le traía nostalgia e inquietud. Sabía que Devlin, con su corazón apasionado y su naturaleza reservada, no se permitía esos sentimientos a la ligera. Pero Catalina, con su espíritu vivaz y despreocupado, era diferente. En las fiestas, la joven se divertía coqueteando, riendo con otros jóvenes, ninguno de los cuales parecía afectarle de manera profunda.

Desde la aparición de Catalina en la vida de Eulalia, su hijo ya no era el mismo. Era un hombre sensible al que le afectaba la ligereza de la dama en cuestión. Ella no quería que se ilusionara demasiado. Catalina, aunque encantadora, podría no ser consciente del efecto que provocaba en los corazones ajenos. Para la madre de Devlin, lo peor que podía ocurrir sería verlo desmoronarse si esos sentimientos no eran correspondidos. Sabía lo doloroso que podía ser un desengaño amoroso y, aunque no podía protegerlo de todo, deseaba evitar que su hijo sufriera por una mujer que, quizás sin maldad, no compartiera su intensidad emocional. Además, su esposo tenía en mente un compromiso con el ducado de Howgill, y ella no sabía qué pensaba su hijo al respecto porque no le había mencionado nada sobre la conversación mantenida con el padre.

—Catalina es... especial. Es joven aún, pero tiene algo en la mirada, algo que he visto pocas veces. No es una simple muchacha.

Devlin sintió que su pecho se tensaba. ¿Su madre también lo había notado? ¿No era solo una ilusión suya?

—Madre, ¿qué es lo que intenta decirme? —preguntó con un poco más de aspereza de lo que pretendía.

La duquesa sonrió ligeramente, como si estuviera midiendo sus palabras.

—Solo que deberías ser prudente, hijo mío. Catalina es más que una belleza exótica. Su pasión y su educación son diferentes a las nuestras. Eso no siempre es fácil de manejar, y luego está tu padre…

Devlin asintió, pero no dijo nada aunque se sentía dividido. Su madre le estaba advirtiendo, pero esa advertencia no hacía más que aumentar su deseo de conocer más a fondo a aquella muchacha de ojos ardientes, a pesar de los deseos de su padre.

—En cualquier caso, será una noche de celebración —continuó la duquesa, avanzando hasta una de las estanterías—. Debemos comportarnos como anfitriones dignos. Asegúrate de que todo esté en orden, Devlin. La familia espera lo mejor de nosotros.

Con esas palabras, la duquesa salió de la biblioteca, dejándolo solo una vez más. Devlin respiró hondo, sintiendo una mezcla de emoción y aprensión. La cena de Nochebuena prometía ser más que

un simple encuentro familiar. Y no podía quitarse a Catalina de la cabeza.

Devlin permaneció sentado unos instantes después de que su madre se marchara, y se sintió como envuelto en una pesada capa por el silencio de la biblioteca. El fuego chisporroteaba suavemente en la chimenea, pero el calor no lograba calmar el torbellino de pensamientos que lo invadían. Catalina de Valiente. Su nombre se repetía una y otra vez en su mente, como una melodía hipnótica, y Lena Sheffield por el contrario sonaba en su corazón como una difícil responsabilidad.

Finalmente, se levantó y caminó hacia una de las ventanas altas que daban al jardín de Crimson Hill. Los árboles, desnudos por el invierno, se erguían como sombras fantasmas, mientras los primeros rayos del atardecer teñían el cielo de un color púrpura suave. Devlin se preguntó cómo transcurriría la velada de Nochebuena. Eulalia, la gitana a la que todos amaban, era bien conocida por su capacidad para leer a las personas como si fueran libros abiertos. Y Catalina… su sola presencia bastaba para perturbar su paz.

La memoria de su último encuentro con Catalina lo asaltó como un torrente imparable. Aquella conversación breve había sido una chispa en medio de un mar de formalidades, pero su eco reverberaba en su mente. Los ojos pardos de ella, profundos y enigmáticos, parecían contener secretos de un mundo que Devlin apenas podía imaginar. En un abrir y cerrar de ojos, la magia de su presencia lo había dejado sin aliento, y su risa, ligera como una melodía, había resonado en su corazón.

Había algo en Catalina que desafiaba las convenciones de la sociedad en la que ambos estaban atrapados. Era como si la libertad y el desenfreno danzaran a su alrededor, algo salvaje que no podía ser contenido por los muros de las rígidas normas de comportamiento que gobernaban la vida de los nobles. A pesar de que ella se había educado en un convento, donde cada aspecto de su vida había estado meticulosamente controlado por las monjas, Catalina mostraba un fuego y un anhelo por lo desconocido que podía ser preocupante.

Devlin se preguntó cómo había sido posible esa transformación en ella. ¿Cómo podía alguien tan joven, y tan llena de vida, haber logrado romper las cadenas invisibles de la severa educación religiosa recibida? Ahora, Catalina era un soplo de aire fresco. La atracción que sentía por ella era un terreno resbaladizo.

La angustia de su propia identidad lo asediaba. Se sentía dividido entre el deseo de seguir su instinto y el temor de caer en la trampa de una ilusión. La idea de perderse en la incertidumbre era aterradora, y, sin embargo, el mero pensamiento de dejarla escapar lo llenaba de una angustia profunda.

El tintineo lejano de los preparativos de la cena lo devolvió a la realidad. Se enderezó y dejó caer los hombros, esforzándose por adoptar una expresión neutra.

Decidido, salió de la biblioteca y se dirigió al salón principal. A su paso, los sirvientes corrían de un lado a otro colocando los últimos arreglos. Las guirnaldas de acebo adornaban los grandes espejos dorados y los candelabros de cristal, mientras que el aroma a especias y carne asada comenzaba a impregnar el aire. El esplendor de la casa era innegable; cada detalle estaba cuidado con precisión para reflejar la importancia de la familia ducal.

Al llegar al salón, se encontró con su padre, el duque, que supervisaba unos papeles. Le pareció extraño que no lo hiciera en su despacho, pero Devlin ignoraba que su madre había dado la orden de guardar los regalos antes de colocarlos bajo el árbol. Al verlo, su padre le dedicó una sonrisa cordial.

—Devlin, me alegra verte —dijo con naturalidad—. ¿Te ha comentado algo tu madre sobre la cena de Nochebuena?

Él asintió con un gesto.

—Sí, mi madre me mencionó que es posible que Eulalia y su familia estén presentes —respondió, intentando que su tono fuera casual.

Justin lo observó con atención durante un instante, como si pudiera percibir la tensión que Devlin intentaba disimular.

—Será una noche interesante, sin duda —comentó, y su voz se volvió algo más baja—. Catalina… es una joven fascinante, ¿no crees? Pero ya te he mostrado las esperanzas que guardo para ti y el ducado de Howgill.

Devlin se sorprendió por la pregunta tan directa y se apresuró a disimular su incomodidad.

—Sí, lo tengo presente, se lo aseguro —respondió, mirando de reojo los adornos navideños que colgaban de las puertas.

Justin soltó un pequeño suspiro, como si entendiera más de lo que él decía. Observó a su hijo con la mirada serena y calculadora que lo caracterizaba. Devlin estaba junto a la chimenea y lo veía nervioso.

—Devlin —comenzó con su voz grave pero suave—, sé que no te gustará lo que tengo que decirte, pero debo hacerlo. —Justin calló durante un momento—. Catalina es una muchacha… tentadora. Pero, si me permites un consejo, te sugiero que no te hagas ilusiones. Piensa en el ducado de Howgill, tan próspero, tan apropiado.

Devlin se detuvo en seco. Miró a su padre con atención. ¿Por qué sentían todos la necesidad de advertirle? A pesar de que conocía que su padre rara vez hablaba sin haber meditado antes sus palabras se preocupó de que insistiera tanto sobre el asunto de Lena Sheffield.

—¿A qué se refiere, padre? —preguntó, aunque sabía

exactamente a dónde iba aquella conversación.

Justin dejó escapar un ligero suspiro.

—No te comportes como uno más de esos jóvenes que no saben lo que desean —dijo con una media sonrisa—. Mantén las ideas claras, piensa en lo que es mejor para la familia…

Devlin frunció el ceño, sintiendo el peso de las palabras de su padre.

—Soy plenamente consciente de lo que es mejor para la famlia —se defendió.

Justin creyó necesario recordarle algo.

—A Catalina parece gustarle Alexander Wesley.

Ese había sido un golpe bajo porque era cierto. El amigo de su hermano deslumbraba incluso a las doncellas de Crimson Hill.

—¿Cree, padre, que la presencia de Alexander Wesley me resta oportunidad con Catalina o con cualquier otra dama? —preguntó en un tono que revelaba una mezcla de inseguridad y orgullo.

Justin sabía que estaba manteniendo una conversación muy seria con su hijo, pero debía hacerlo aunque con ello lo hiriera.

—Alexander tiene una personalidad arrolladora. Como capitán de barco, tiene muchas anécdotas que contar y que encandilan a muchachas como Catalina, que puede ver al resto de jóvenes insignificantes —concluyó Justin—. Pero tú eres el hijo de un duque, no puedes conformarte con insignificancias.

—¿Me ve insignificante?

Justin lo miró fijamente, con ese aire de sabiduría que solo los años pueden otorgar.

—Te veo indeciso, como si no supieras dónde está tu lugar. Y no se trata de cómo creas que te vemos, se trata de cómo quieres que te veamos.

Devlin asintió, lamiéndose el labio. Sabía que su padre tenía razón, pero le resultaba difícil contenerse, ya que lo que sentía por Catalina era muy intenso.

—Gracias, padre. Haré lo posible por no mostrarme indeciso ni en la cena de Nochebuena ni en ninguna otra.

Justin no lo creía probable. Devlin era un joven serio, responsable, todo lo contrario de su hermano gemelo Hayden, pero Catalina lo llevaba por un camino de desengaños que a él no le gustaba en absoluto. Justin quería para sus hijos estabilidad, y aunque sabía que sentía algo muy especial por ella. Justin sabía que no era la mujer apropiada para su hijo.

—Recuerda, Devlin, mantén la cabeza fría y el corazón a raya. Y, sobre todo, no te olvides de disfrutar de la velada y recuerda que en Nochebuena seremos más en la cena, aparte de Catalina.

Devlin decidió que la cena de Nochebuena sería el momento

decisivo. Tendría que ser astuto, mantener el equilibrio entre la razón y la pasión, y descubrir si lo que sentía por ella era una chispa genuina o solo un capricho pasajero. Catalina lo había deslumbrado y ahora le tocaba encontrar su propio camino hacia la luz que ella emanaba. Pero en su interior, una pequeña voz susurraba: «¿Y si la luz se apaga al final de la noche?».

5

—Buena la has hecho, bribón…

Las palabras de Alexandra resonaron en la biblioteca. Hayden y Devlin alzaron la cabeza y la miraron. La joven dama caminó directamente hacia ellos y se sentó sin que la invitaran.

—Has debido de confundirte de bribones, los otros Penword no están aquí —respondió Hayden, que volvió a prestar atención al libro de piratas que estaba descifrando.

Alexandra miró a sus dos primos con atención. Hayden y Devlin eran gemelos y de niños costaba mucho diferenciarlos; ahora que eran adultos y llevaban el cabello cortado de forma distinta, no costaba tanto, sin embargo, en la oscuridad y si Hayden se lo proponía, podía hacerse pasar por Devlin.

—Puedes encontrar a Victor y Andrew en el jardín trasero —le dijo Devlin sin mirarla, imaginando que Alex deseaba darles un rapapolvo a los dos mellizos—. Los dos están en una competición para ver quién se sentará al lado de Alexander Wesley.

Al escuchar el nombre, algo se removió en el estómago de Alex. Fue como un aleteo de mariposas. Había conocido al mejor amigo de su primo mayor, Roderick, y desde entonces pensaba mucho en él. Que se llamara como ella lo consideró un designio del destino. Carraspeó para que ni Devlin ni Hayden notaran su turbación.

—Estoy muy enojada contigo, Hayden —dijo ella. El mencionado giró la cabeza hacia su prima—. Te has portado fatal con lady Lindsey y debes pedirle disculpas.

Hayden hizo un gesto de indiferencia con los hombros.

—No tengo la culpa de que me confunda con Devlin —se defendió el primo—. Es agotador corregirla en cada evento al que asisto.

—A mí me dejáis al margen —contestó Devlin, cansado de las travesuras de sus hermanos pequeños.

—Devlin, ¿no te ha contado Hayden que cuando Kate Lindsey lo acorraló en el jardín de la mansión de la condesa de Beecham, lo besó creyendo que te besaba a ti?

Devlin alzó la mirada, sorprendido. Él no había asistido al baile de los Beecham, así que giró el rostro y clavó la mirada en su gemelo.

—¿Te hiciste pasar por mí? —Estaba claro que no era la primera vez.

—¿Cómo iba a saber que esa aburrida mojigata me acorralaría entre los rosales para robarme un beso?

—No te besaba a ti —lo corrigió Alexandra—. Creía que besaba a Devlin.

Devlin se quedó inmóvil, asimilando las palabras de su prima. La biblioteca, que hasta entonces había sido un refugio de paz, se llenó de una tensión repentina. La idea de que alguien lo hubiera confundido con Hayden, y más aún en un beso furtivo, lo desconcertaba profundamente. Durante un breve instante, se preguntó qué habría sentido si hubiese sido él entre los rosales con lady Lindsey, pero se apartó rápidamente de ese pensamiento.

—No debiste permitirlo —dijo Devlin con voz controlada, aunque el malestar era evidente en su tono. Sus ojos, ahora clavados en Hayden, expresaban más de lo que sus palabras dejaban ver—. Esto puede causarme problemas, ya lo sabes.

Hayden se encogió de hombros, aparentemente despreocupado, aunque algo en su mirada dejaba entrever un rastro de arrepentimiento.

—No fue algo planeado, te lo aseguro. —Su tono era menos desafiante ahora—. Fue ella quien me sorprendió. Además, no sabía que tenías algún interés particular en la dama —agregó con un toque de ironía.

El hermano gemelo lo taladró con la mirada.

—Sabes que no tengo ningún interés en Kate Lindsey —afirmó Devlin sin pun parpadeo.

Para Hayden y Alexandra, quedó claro que Devlin estaba pensando en una preciosa morena de ojos pardos. Alexandra, que había estado disfrutando del desconcierto de Devlin, interrumpió, esta vez con más seriedad.

—No se trata de que Devlin tenga interés en ella o no, Hayden. Se trata de que no puedes andar confundiendo a las damas de la alta sociedad, especialmente a una tan… sensible como Kate Lindsey.

Devlin suspiró y apoyó el libro que hasta ese momento había fingido leer en la mesa cercana. No podía permitir que la situación se convirtiera en un escándalo, pero estaba claro que lady Lindsey creía haber tenido un momento especial con él, y no con Hayden. Eso complicaba las cosas más de lo que quería admitir. ¿Y si la joven se lo contaba a alguien más? Su reputación podría quedar en entredicho, y no estaba dispuesto a que las travesuras de su hermano lo arrastraran a una situación comprometida, sobre todo ahora que estaba tan interesado en Catalina.

—Habrá que aclararlo —dijo finalmente, mirándolo a los ojos—. No pienso cargar con las consecuencias de tus bromas, Hayden.

Hayden lo observó un momento antes de comenzar un ataque defensivo.

—Yo no tuve la culpa. No busqué el beso, pero si tanto te ha molestado que me confundiera contigo, está bien, hablaré con ella en el próximo evento. Le explicaré la confusión —dijo, como si fuera un

asunto menor, y luego volvió la vista a su libro de piratas, como si la conversación hubiera terminado para él.

Alexandra, que seguía sentada con las manos cruzadas sobre el regazo, miraba a sus primos con una mezcla de diversión y preocupación.

—Hayden, más te vale ser convincente —dijo, levantándose para marcharse—. Y procura que no vuelva a pasar. Ya has causado suficientes problemas, y te advierto, que no todas las damas de la sociedad te mostrarán tanta indulgencia como Kate.

—Me siento ultrajado, pues en modo alguno busqué un beso con esa dama en particular —se defendió Hayden.

Alexandra y Devlin comprendieron que las preferencias de Haydn no tenían que ver con Kate Lindsey, sino con una dama de origen escocés.

Tanto Alexandra como Devlin miraron a Hayden con cierta burla. Él fue plenamente consciente de lo que pensaban ambos, y tenía que ver con un recuerdo del pasado. Ocurrió una tarde de verano, fue uno de los incidentes más memorables entre los gemelos Penword, y no precisamente por algo digno de elogio. Tenían apenas diecisiete años y asistían a un baile en la mansión de los Fairbanks, una de las familias más influyentes del condado. Aquella noche, el joven Hayden, aburrido de la monotonía de las veladas sociales, ideó una travesura que, como en muchas otras ocasiones, involucraría a su hermano Devlin.

El salón estaba lleno de damas con elaborados vestidos y caballeros ataviados con sus mejores galas. Las conversaciones giraban en torno a los negocios, la política y, por supuesto, los matrimonios deseables. Hayden, que jamás había tenido paciencia para ese tipo de charlas, vio una oportunidad en lady Somerset, la hija única del conde, una joven extremadamente recatada y tímida, pero también la elegida de uno de los amigos más cercanos de Roderik. Eleanor Somerset había mostrado cierta inclinación hacia Devlin durante la temporada pasada, lo que no había pasado desapercibido para Hayden.

«Será divertido», había comentado Hayden en voz baja mientras se ajustaba el lazo al cuello frente a un espejo del salón.

Devlin, que ya sospechaba lo que tramaba su hermano, lo miró de reojo y sintió una advertencia en su interior.

—¿Qué estás tramando esta vez? —La seriedad en la voz de Devlin no disuadió a su gemelo.

Sin más aviso, Hayden se deslizó entre los invitados con una astuta sonrisa, haciéndose pasar por Devlin. Con su seguro paso, se acercó a lady Fairbanks, que lo esperaba ansiosa por mantener una conversación que le resultara interesante.

—Lady Somerset, me siento honrado de poder compartir esta velada contigo —dijo Hayden, adoptando el tono educado de Devlin, algo que había perfeccionado con los años. Eleanor, claramente emocionada, lo recibió con una sonrisa que iluminó su rostro.

Durante la siguiente media hora, Hayden, fingiendo ser su hermano, le dirigió palabras dulces y le lanzó miradas que la joven, ingenua, interpretaba como señales de un interés genuino. Cuando la conversación comenzó a tomar un matiz más íntimo, Hayden se inclinó y le prometió que la buscaría al día siguiente en los jardines para dar un paseo. La joven aceptó, ruborizada, convencida de que aquel caballero tan refinado y amable tenía intenciones serias.

Lo que Hayden no sabía era que lord Somerset, el conde, había estado observando la interacción con un interés paternal desde la distancia, satisfecho con la aparente cercanía que creía que Devlin, un joven honorable, estaba forjando con su hija. Creía que aquello podía consolidar un compromiso entre ambas familias, algo que desde hacía tiempo deseaba.

Al día siguiente, cuando Devlin, completamente ajeno al engaño de su hermano, fue abordado por el propio lord Somerset en plena calle, no supo qué responder. El conde lo invitó a Somerset House, insinuando que el paseo que había prometido a Eleanor sería el primer paso para un compromiso oficial. Devlin, confundido y desconcertado, intentó aclarar el malentendido, pero pronto entendió que era su hermano quien había causado todo aquel embrollo.

La noticia le llegó rápidamente a los oídos del duque de Arun, su padre, quien, al enterarse de que uno de sus hijos había cometido semejante engaño en un asunto tan delicado, se enfureció como nunca antes. No solo estaba indignado por la travesura en sí, sino también por el hecho de que estaba en juego la reputación de su familia. El duque, hombre orgulloso y de principios inquebrantables, no podía permitir que los rumores sobre la confusión llegaran a los círculos sociales más amplios, puesto que eso pondría en peligro las relaciones con los Somerset.

Esa noche, en la biblioteca de la mansión familiar, el duque enfrentó a sus hijos.

—¡Hayden! —exclamó el duque, con el rostro enrojecido por una ira desbordante—. ¿En qué estabas pensando? ¿Te das cuenta de la gravedad de lo que has hecho?

Hayden, que rara vez mostraba remordimiento por sus travesuras, intentó explicar los hechos con una sonrisa ladeada, pero esta vez no se trataba de un simple juego. Devlin, parado a su lado, con el ceño fruncido y los labios apretados, sabía que no había forma de escapar de aquella tormenta.

—Padre, solo fue una broma, no pensé que llegaría tan lejos —

dijo Hayden, pero el tono serio y amenazante del duque lo dejó claro: no había excusa que valiera.

—¡Esto no es una broma! ¡Te has burlado de una joven inocente y de una familia amiga! Si no aclaramos este malentendido, podrías haber comprometido la reputación de lady Somerset y la nuestra. —El duque avanzó hacia Hayden y lo miró con dureza—. No volveré a tolerar un comportamiento como este. Si no puedes comportarte como corresponde a un Penword, entonces quizá no mereces el título que llevas.

El silencio en la biblioteca era sepulcral. Hayden, por primera vez en mucho tiempo, parecía realmente afectado. Devlin, aunque enfadado, no pudo evitar sentir un rastro de lástima por su hermano, sabiendo que aquella reprimenda era más grave que cualquier otra que hubieran recibido antes.

El castigo fue severo: Hayden fue apartado de los eventos sociales durante un tiempo considerable y obligado a escribir una carta de disculpa a lord Somerset y a su hija Eleanor, en la que debía explicar la confusión y asumir la responsabilidad completa. Aunque el incidente no pasó a mayores, la advertencia del duque había sido clara.

Devlin, aunque siempre había sido más responsable que su hermano, nunca olvidó aquel día. A partir de entonces, los dos hermanos supieron que no todas las bromas podían dejarse pasar. Y Hayden, aunque nunca dejó de lado su espíritu travieso, aprendió que algunas veces, las consecuencias de sus actos podían ser mucho más graves de lo que él había imaginado.

—Te recuerdo que ha habido muchas lady Somerset —le dijo Alexandra sosteniéndole la mirada.

—Pero, en esta ocasión, no lo he buscado yo, ¡lo juro!

Tanto Devlin como Alexandra se quedaron unos segundos en silencio, para intensificar el momento dramático.

—Espero que le ofrezcas una buena disculpa y que te muestres realmente arrepentido —Alexandra mantenía la mirada clavada en la de su primo, que tampoco pestañeaba—. Y para asegurarme de que cumples con tu obligación, he invitado a Kate Lindsey a la merienda del día de Navidad.

Con esas palabras, Alex salió de la biblioteca, dejando a los gemelos a solas. Devlin observó cómo la puerta se cerraba tras ella y luego dirigió una última mirada a Hayden.

—No lo dice enserio —dijo Hayden, con incredulidad en la voz.

La merienda de Navidad era un evento muy memorable en la familia Penword a la que no asistían desconocidos.

—Tienes suerte de que Kate sea una dama discreta. La próxima vez que juegues con mi nombre, será mejor que no me involucres —le

advirtió con seriedad.

Hayden, con su típica despreocupación, le dedicó una sonrisa burlona.

—No te preocupes, hermano. La próxima vez me aseguraré de que no te metas en líos… si puedo evitarlo—. Y dijo esto último con una pequeña risa, antes de volver a su lectura.

Devlin, aunque todavía molesto, decidió dejarlo pasar por esta vez. No era la primera vez que su hermano lo metía en problemas y probablemente no sería la última. Pero algo le decía que este incidente, tan insignificante como parecía, podría tener repercusiones que ninguno de los dos había previsto.

—No obstante, quedas advertido —lo amenazó el hermano.

—Fue solo un beso buscado y propiciado por la propia dama —se quejó de nuevo Hayden—. Y, en todo caso, deberías darme las gracias por recibirlo en tu lugar. Fue de una heroicidad por mi parte indiscutible. Dejé el listón de los Peword muy alto en materia de besos…

Devlin resopló. Él había sido tan calavera y libertino como sus tres hermanos menores, pero fue conocer a Catalina y todo el engranaje de su cerebro dejó de funcionar de forma habitual.

—Tu piensas que esas diversiones no traen consecuencias, pero estás muy equivocado. Cuando menos te lo esperes, alguna de las cometidas vendrán a pedirte cuentas —le dijo a su hermano con tono muy serio.

Hayden volvió a su lectura, y dejó de pensar en los designios agoreros de su hermano Devlin.

6

DÍA DE NOCHEBUENA

El ambiente en la mansión de Crimson Hill no podía ser más festivo. Los candelabros dorados colgaban resplandecientes sobre el gran salón, y sus luces se reflejaban en los relucientes espejos que adornaban las paredes. La duquesa de Arun, siempre atenta, recorría los pasillos con paso firme, dando indicaciones a los criados sobre los últimos detalles. A pesar de que los invitados aún no habían comenzado a llegar, el ambiente ya estaba cargado de la expectación propia de las grandes celebraciones. Cada rincón de la mansión emanaba lujo y perfección, como si estuviese diseñado para impresionar a la alta sociedad de Londres.

—Asegúrate de que las flores estén frescas en cada mesa, no quiero ningún error —ordenó la duquesa, ajustando el delicado encaje de sus mangas mientras observaba cómo un criado colocaba cuidadosamente un centro de rosas en el comedor principal.

Aunque se mostraba serena, cualquiera que la conociera lo suficiente sabía que en su interior bullía una mezcla de ansiedad y emoción. Esa noche no se trataba solo de una fiesta, sino de una celebración familiar. Una oportunidad para estar todos reunidos de nuevo. De repente, pensó en su primogénito, Roderick, que pasaría la noche en casa de sus suegros, los Beresford. A pesar de que sentía cierta nostalgia, sabía que su hijo estaría muy bien rodeado de Andrew y Rosa. También pensó en su hija Mary, que estaría rodeada de los exóticos acontecimientos de las Tierras Altas.

—Creo que necesitas un aliciente.

Justin la arrastró hacia la despensa y la encerró con él.

—No pienso permitir que me alborotes el peinado —le advirtió la duquesa.

Justin soltó una leve carcajada.

—Mira lo que he descubierto —dijo el duque, que cogió una pequeña fuente que estaba tapada con un paño de hilo. En la tela se leían las iniciales E. T.

—¡Son dulces de Eulalia! —exclamó la duquesa.

Eulalia, como mujer casada, ahora se llamaba Eulalia Tyler.

—Empanadillas de boniato —le informó el duque.

Aurora no pudo contener una sonrisa de placer.

—¿Cuándo han llegado a Crimson Hill que no me he enterado?

Justin arrugó el ceño.

—Eulalia habrá dado orden de que no te lo anunciaran para

darte una sorpresa.

La duquesa cogió una empanadilla hojaldrada con las manos y se la llevó a los labios. Le dio un bocado pequeño y se relamió.

—Están deliciosas.

El duque ya se había comido dos.

—¿Nos las terminamos? —preguntó Justin con mirada pícara.

Aurora cogió otra empanadilla y se la comió en apenas unos segundos.

—¡Cómo las echaba de menos! —exclamó la duquesa con deleite.

Los dos nobles tenían las comisuras llenas de azúcar y Justin sintió el impulso irrefrenable de lamerle la boca a su esposa para limpiarle el dulce. Fue pensarlo y hacerlo. Se inclinó hacia ella, le sujetó la barbilla y le besó la comisura de la boca al mismo tiempo que la lamía.

—¡Justin! —exclamó la mujer, que comenzaba a sentirse excitada.

—Estás deliciosa...

Aurora terminó por soltar una carcajada, y entonces la puerta de la despensa se abrió de repente. Beatrice los miraba acusadora.

—Eulalia me hizo prometer que los escondería para que ni Hayden ni Victor pudieran encontrarlos —dijo Beatriz desolada.

En sus bonitos ojos grises se podía advertir la desolación que sentía al no poder cumplir su cometido. Aurora suspiró resignada. Así que la taimada Eulalia le había dado el encargo a su hija pequeña para que escondiera las empanadillas de boniato.

Tanto el duque como la duquesa comenzaron a acicalarse para borrar cualquier rastro de migas de dulce en sus ropas.

—No hemos podido resistirnos —le dijo el duque a Beatrice, que seguía tan seria como siempre.

—No te preocupes, tesoro —le dijo la madre—. Solo nos hemos comido cuatro…

El rostro de la joven se convirtió en un poema.

—¡Había una empanadilla para cada uno de nosotros! —exclamó cada vez más desolada.

—Pues entonces te recomiendo que te comas la tuya, porque creo que no van a llegar las empanadillas a la medianoche —le dijo el padre.

Beatriz, tan seria y comedida como siempre, cogió la bandeja de las manos de su padre y la sujetó con fuerza.

—Yo las custodiaré —dijo la hija.

Dicho esto, se giró con ímpetu y comenzó a caminar en dirección a sus aposentos.

Justin sonrió al ver lo ridículo de la situación y la seriedad en el

rostro de su hija menor.

—Beatrice se toma las cosas demasiado en serio.

Aurora clavó la vista en su marido mientras se lamía el labio inferior.

—Ignoro cómo lo haces, pero siempre me haces pecar, ya sea de forma carnal o mediante la gula…

Justin siguió riéndose al mismo tiempo que le daba un pequeño empujoncito para sacar a su esposa de la alacena.

—Me he comido las empanadillas de Hayden y de Devlin —afirmó el duque.

Aurora se mordió ligeramente el labio.

—Y yo me temo que me he comido las empanadillas de Víctor y Andrew.

Justin carraspeó divertido.

—¿Te has dado cuenta de que nos hemos comido las empanadillas de nuestros hijos más díscolos?

Aurora no respondió, pero pensó que su esposo tenía toda la razón.

***

En los últimos momentos antes de que los primeros invitados llegaran a la mansión de Crimson Hill, la actividad en la casa resultó frenética. Los criados corrían de un lado a otro colocando los últimos adornos, mientras el aroma a especias y carne asada se deslizaba desde la enorme cocina. Los gemelos Penword, Hayden y Devlin, que hasta hace unos momentos parecían tranquilos en la biblioteca, se habían trasladado al vestíbulo, donde su madre, la duquesa de Arun, daba las últimas instrucciones a los sirvientes.

—¿Te has asegurado de que las flores del salón sean frescas? —preguntaba la duquesa a uno de los mayordomos, mientras ajustaba el lazo de su propio vestido—. Nada puede estar fuera de lugar, ¿entendido?

A unos metros de ella, Devlin y Hayden observaban la escena con un aire despreocupado, pero entre ellos no faltaban las típicas bromas.

—No puedo esperar a ver la cara de Catalina cuando descubra que Alexander Weslye se sentará al lado de nuestra prima Alexandra —dijo Hayden en tono burlón, mientras fingía quitar una pelusilla de su chaqueta.

Devlin, que se estaba ajustando el elaborado lazo del cuello frente a un espejo de pared, lanzó una rápida mirada a su hermano, no del todo divertido.

—No empieces, Hayden. Ya hemos tenido suficientes bromas

esta semana con lo de Kate Lindsey y su confusión.

Hayden soltó una carcajada y se encogió de hombros.

—No es mi culpa que me confundan contigo. Tal vez deberías hacerte más visible, ¿no crees? Además, ahora siempre te comportas como el hermano serio y responsable. ¡Joder, que me recuerdas a Roderick!

El hermano primogénito había sido el hijo más serio, responsable y maduro de todos hasta que se marchó para servir en la marina de su Majestad.

—Todos tenemos que madurar tarde o temprano —contestó Devlin.

—Está claro que a alguien le toca darle un poco de sabor y alegría a esta familia... y ese alguien soy yo.

—Sabor a problemas, querrás decir —intervino Devlin, sin poder evitar una sonrisa de lado—. Solo asegúrate de no arruinar esta noche con tus «travesuras».

—Por favor —respondió Hayden, haciéndose el ofendido—. Yo soy el alma de la fiesta, y lo sabes. Pero tranquilo, esta noche seré tan encantador que incluso Catalina caerá rendida ante mi ingenio, no ante tus profundos y sombríos pensamientos.

Devlin estuvo a punto de soltar un improperio, pero se contuvo.

—Tendrás suerte si Catalina siquiera te dirige la palabra —replicó Devlin, ajustándose la solapa del chaleco—. Lo que realmente espero es que no termines bailando con alguien que piense que eres yo… otra vez.

Hayden sonrió de oreja a oreja, claramente disfrutando de la idea.

—Bueno, no sería la primera vez. ¿Te imaginas si le robara un baile a Catalina? Solo para ver tu cara. Sería un escándalo.

—No te atrevas —Devlin lo miró con seriedad, aunque había un brillo divertido en sus ojos.

Antes de que la broma pudiera continuar, una voz familiar interrumpió desde el pie de la escalera.

—¿Qué están tramando ahora estos dos? —preguntó Alexandra, la prima de ambos, que bajaba con paso ligero y una sonrisa maliciosa en los labios.

Devlin se preguntó cuándo había llegado a Crimson Hill y por qué motivo no estaba con ella el resto de su familia.

—Nada que te concierna, Alex —respondió Devlin rápidamente, sabiendo que si su prima se unía, las bromas podrían durar toda la noche.

—Seguro que no, pero me apuesto algo a que Hayden ya ha planeado hacer alguna travesura esta noche —dijo Alexandra, mientras se acercaba a los gemelos—. Deberías vigilarlo, Devlin,

porque ya sabemos cómo acaba esto cuando él se pone creativo.

—Me siento tan incomprendido —se quejó Hayden, llevándose una mano al pecho en un gesto exagerado de falsa inocencia—. Nadie aquí aprecia mi genio.

—Oh, lo apreciamos —respondió Alexandra, alzando una ceja en un arco perfecto—. Pero preferimos no sufrir las consecuencias.

Mientras ellos tres bromeaban, se escucharon los primeros ecos de los carruajes que llegaban en la entrada principal. El aire se llenó de una expectativa renovada y la duquesa, desde el otro lado de la estancia, les lanzó una mirada significativa.

—No hagáis esperar a los invitados —dijo con voz firme.

Los tres jóvenes intercambiaron miradas cómplices antes de que Devlin, finalmente, tomara la delantera, ajustando su postura y componiendo su expresión más formal. Lo siguieron el resto de los hermanos Penword.

—Es la hora de comportarse, entonces.

—Al menos por un rato —añadió Hayden con una sonrisa traviesa, mientras Alexandra sacudía la cabeza riendo.

7

Los primeros en llegar a la mansión de Crimson Hill fueron Jamie y su esposa Isabel, acompañados por su hijo pequeño, Logan. Justo después, entraron Elizabeth y su esposo escocés, cargando con su hija Elsbeth, que ya andaba. La pequeña, con su cabello rubio platino heredado de su padre, irradiaba una belleza inocente que no pasaba desapercibida. La familia ya la habían adoptado como su juguete favorito, pues la niña era tan risueña y encantadora que conquistaba a todos con facilidad.

—¡Aquí están los Penword al completo! —exclamó Devlin con una sonrisa al acercarse a saludar.

—O casi —añadió Hayden, lanzándole una mirada pícara a su primo Jamie—. Veo que has traído compañía, pero ¿estás seguro de que ese escocés no se ha perdido? Esto no es Edimburgo, ya sabes.

Las palabras de Hayden provocaron una risa contenida entre los presentes. El esposo de Elizabeth, un hombre alto de tez dorada y carácter firme, le devolvió una sonrisa socarrona, sin dejarse intimidar.

—Lo que pasa, muchacho, es que nunca me pierdo —respondió el escocés con su marcado acento, lanzándole una mirada desafiante —. Es más, podría guiarte por las Highlands sin que siquiera supieras por dónde has venido.

—¿Y quién querría ir tan lejos? —replicó Hayden, cruzándose de brazos con desenfado—. Aquí tenemos todo lo necesario. Aunque, claro, si deseas perderte por las montañas en busca de cabras...

—Deberías viajar un día, Hayden —intervino Elizabeth con una sonrisa—. Quizás un poco de aire puro te haría bien, alejado de tanta fiesta y vino.

—Sería una verdadera aventura que Hayden decidiera hacer un viaje a Escocia —añadió Devlin, con su tono más diplomático, tratando de suavizar el ambiente—. Aunque dudo que Hayden pueda resistir sin sus banquetes durante más de un día.

—¡Y sin las doncellas que pululan a su alrededor! —exclamó Victor, que disfrutaba burlándose del hermano más juerguista.

La conversación fluyó con naturalidad, las pullas iban y venían, pero todo en un tono familiar y amistoso. Incluso la pequeña Elsbeth, ajena a las bromas, se entretenía correteando de un lado a otro, tirando de las faldas de su madre o tratando de alcanzar los dedos de su padre, mientras él se agachaba para alzarla en brazos.

La duquesa, siempre atenta a los detalles, se acercó con una cálida sonrisa para darles la bienvenida.

—Espero que encontréis todo a vuestro gusto —dijo con

amabilidad, mirando especialmente a Elizabeth y a su marido—. Hemos preparado una cena espléndida, aunque no sé si estará a la altura de los platos escoceses.

—No se preocupe, su excelencia, cualquier cosa que venga de las cocinas de Crimson Hill será más que bienvenida —respondió el escocés con un gesto cortés.

—Y además, tía —intervino Elizabeth de pronto—. La comida es solo una excusa para disfrutar de una buena charla y, claro, de nuestras interminables bromas.

Se escuchó el rodar de las ruedas del carruaje al detenerse en la entrada, y el corazón de Devlin pareció saltar en su pecho. Se irguió casi por reflejo, lo que provocó una ligera carcajada en Alexandra, quien no pudo resistirse a la ironía de la situación.

—¿Acaso tienes miedo del reencuentro? —le susurró su prima con picardía justo antes de que las puertas de la mansión se abrieran de par en par.

Eulalia fue la primera en entrar, acompañada de su esposo, Harry. Ambos eran una visión imponente, como si el paso de los años no hubiera mermado su presencia en absoluto. Detrás de ellos apareció Catalina en el umbral, seguida por sus hermanas Paloma, María y la pequeña Victoria, que había crecido considerablemente desde la última vez que la vieron.

Catalina, como siempre, era el centro de atención sin siquiera intentarlo. Llevaba un vestido de seda azul celeste que se ajustaba perfectamente a su esbelta figura. Los encajes en el borde del corsé resaltaban la delicadeza de su piel, mientras que una fina cinta de terciopelo azul adornaba su cuello. Su cabello oscuro caía en ondas sueltas sobre sus hombros y su mirada, esa mirada parda que tanto descolocaba a Devlin, lo atrapó de inmediato. Había en ella un aire de sofisticación, pero también algo indomable, como si la libertad que su familia siempre había defendido se reflejara en cada uno de sus movimientos.

Paloma, la segunda hermana, llevaba un vestido de un tono rosa pálido que resaltaba la suavidad de sus facciones. Su cabello estaba recogido en un moño elegante, adornado con pequeños broches de perlas que le daban un aire de refinada inocencia. Siempre había sido la más tímida, pero esa noche parecía más segura, caminando con gracia junto a sus hermanas.

María, en cambio, vestía un atuendo más sobrio: un vestido color verde esmeralda que resaltaba la intensidad de sus ojos oscuros. Era la más seria de todas y, aunque compartía la belleza de sus hermanas, su presencia siempre estaba envuelta en un halo de serenidad y madurez. Parecía observar cada detalle a su alrededor, como si nada escapara a su aguda percepción.

Victoria, la menor, sorprendía por cuánto había crecido. Llevaba un vestido amarillo claro, lleno de volantes, que le daban un aire de dulce frescura. Su cabello castaño caía suelto sobre sus hombros, y en sus ojos brillaba la emoción de estar en una velada tan especial.

—¡Vaya! Parece que has esperado toda la noche para este momento, Devlin —murmuró Hayden en su oído, dándole un codazo amistoso.

Devlin no respondió, pero sus ojos no se apartaban de Catalina. Había algo en la forma en que ella lo miraba, en la curva apenas perceptible de sus labios, que lo hacía sentir fuera de control, como si en cualquier momento fuera a hacer algo que desafiara todo lo que se esperaba de él. Y eso lo inquietaba, pero también lo fascinaba.

—Entremos al salón y esperemos allí a los invitados que faltan —dijo la duquesa emocionada.

Un momento después, el ambiente en la sala pareció detenerse cuando el capitán Alexander Wesley entró en escena. De inmediato, todas las miradas se posaron en él: un hombre de porte firme y con esa autoridad natural que solo quienes han pasado años en el mar parecen poseer. Vestía un elegante uniforme de gala, propio de un hombre de su rango, con bordados dorados que destacaban sobre el azul profundo de su chaqueta. Su cabello, apenas despeinado por la brisa nocturna, y su rostro curtido por el sol, le daban un aire imponente y misterioso.

Alexandra sintió una punzada en el estómago al verlo, pero se obligó a mantener la compostura. Sabía que no podía permitir que nadie notara lo que realmente sentía. El capitán era, sin duda, un hombre fascinante, y las miradas que recibía de las damas presentes lo confirmaban. Incluso las hermanas de Catalina, a pesar de su habitual serenidad, no pudieron evitar intercambiar una rápida mirada cuando Wesley entró en la estancia.

Devlin también lo observó con cautela. Había oído mucho sobre Wesley de su hermano Roderick, quien siempre hablaba con admiración de su valentía y habilidades como navegante. Sin embargo, había algo en el capitán que lo ponía en alerta, algo que le hacía sentir que no debía bajar la guardia, sobre todo cuando notó cómo la mirada de Wesley se cruzaba por un breve instante con la de Alexandra.

—Capitán Wesley —saludó la duquesa, avanzando hacia él con una sonrisa—. Es un honor tenerlo aquí esta noche.

—El honor es mío, su excelencia —respondió el capitán con voz grave, tras hacer una reverencia—. No podía rechazar una invitación a esta distinguida velada, aunque lamento de veras que mi amigo Roderick no pueda acompañarnos.

Mientras el capitán se acercaba al grupo, Catalina, con su típica

audacia, avanzó hacia él con una sonrisa encantadora en los labios.

—Capitán Wesley —lo saludó con familiaridad—. Nos alegra mucho su presencia esta noche. Hace tiempo que no escuchamos sus historias de alta mar. Estoy segura de que todos estaríamos encantados de oír alguna.

Wesley inclinó la cabeza y sonrió levemente.

—Señorita Catalina, siempre tan amable. Prometo no aburrirles con mis aventuras... a menos que me lo pidan, claro —respondió en un tono cálido, pero contenido.

Devlin, que había permanecido en silencio, sintió una leve incomodidad al notar la chispa que parecía surgir entre Catalina y Wesley. Intentó calmarse, diciéndose que solo era una conversación social, pero algo en su interior lo hacía estar más atento de lo habitual.

—Espero que no todas sus historias sean de piratas, tormentas, y luchas navales —añadió Alexandra con un tono algo más afilado de lo necesario, aunque con una sonrisa inocente. La tensión, sin embargo, pasó desapercibida para todos menos para Wesley, quien desvió la mirada hacia ella por un instante, como si intentara descifrar el verdadero significado de sus palabras.

—Haré lo posible por no alarmar a las damas presentes — respondió el capitán, con una sonrisa que no alcanzó del todo sus ojos.

La entrada de Martín de Valiente y Caballero, acompañado de su esposa Emily y su hijo Alonso, causó un revuelo de emoción en la mansión. Eulalia, que hasta ese momento había mantenido su típica calma, no pudo contener la sorpresa y la alegría al ver a su único hijo entrar por la puerta principal. La duquesa y su cuñada se intercambiaron una mirada cómplice, conscientes de lo mucho que significaba para Eulalia la inesperada llegada de Martín.

—¡Martín! —exclamó Eulalia con los ojos brillantes, acercándose rápidamente para abrazarlo—. No dijiste que vendrías, hijo mío.

Martín, con una sonrisa algo traviesa, respondió:

—Quería sorprenderte, madre. Emily y yo decidimos que no podíamos perdernos esta velada familiar.

Emily, siempre radiante y elegante, se acercó para saludar a su suegra con afecto. Llevaba un vestido de un suave color verde oliva que hacía juego con sus ojos claros, y su cabello rubio, medio recogido, caía en suaves ondas sobre su espalda. Tras ella, Alonso, el nieto pequeño, observaba con curiosidad a sus familiares. El niño se parecía muchísimo a su padre, tenía la misma expresión resuelta y el porte erguido. Eulalia lo adoraba.

—¡Y tú, jovencito, cómo has crecido! —exclamó Eulalia mientras tendía los brazos para sostener a su nieto.

—Da… da —respondió Alonso, sonriendo con la inocencia

propia de su edad, mientras miraba con fascinación la gran sala y los preparativos de la fiesta.

La duquesa, que estaba supervisando la entrada de los nuevos invitados, no pudo evitar sonreír al ver la conmovedora escena familiar. Aunque Martín no había asegurado su presencia, su llegada con Emily y el hijo de ambos aportaba un toque especial a la velada.

—¡Martín, qué alegría verte! —exclamó Justin, estrechando la mano del invitado con energía—. Pensábamos que no vendrías.

—Y casi no lo hago —respondió Martín entre carcajadas—. Los negocios en Londres me tienen bastante atareado, pero Emily insistió en que necesitábamos un respiro, así que aquí estamos.

Martín detuvo la mirada en la presencia del americano. Se preguntó por qué motivo lo había invitado la duquesa a cenar cuando no era parte de la familia. Había algo en él que lo molestaba.

—Una sabia decisión —intervino Jamie desde un lado, guiñándole un ojo a Emily, siempre galante con las mujeres de la familia.

La conversación fluyó de manera ligera y festiva. En el ambiente se respiraba una mezcla de alegría y expectación, y cada nuevo invitado que llegaba no hacía más que aumentar la anticipación por lo que prometía ser una noche inolvidable en Crimson Hill.

La cena de Nochebuena en Crimson Hill transcurrió en un ambiente cálido y festivo. Las luces de las velas parpadeaban sobre la vasta mesa, cubierta con el mejor mantel de lino y adornada con un centro de mesa de ramas de pino, bayas rojas y piñas. Los manjares que se desplegaban ante los comensales hacían gala del esfuerzo de la duquesa para que esa noche fuera especial: pavo asado, jamón glaseado, pastel de carne y una infinita variedad de acompañamientos y dulces navideños. El aroma del vino caliente y las especias llenaba el aire, creando una atmósfera acogedora.

Sin embargo, entre las conversaciones amables y las risas de los familiares, había una tensión sutil que no pasaba desapercibida. Alexandra Penword, sentada cerca de su prima Catalina, observaba de reojo cada movimiento de Alexander Wesley, que, para su creciente disgusto, parecía más inclinado hacia Catalina.

Catalina, con su aire despreocupado, disfrutaba de la atención de Alexander sin apenas esfuerzo. Cada vez que Alexander le dirigía una palabra o una sonrisa, Catalina respondía con su ingenio chispeante, lo que provocaba que el joven capitán soltara una risa suave, que sonaba como una caricia en los oídos de Alexandra.

Mientras tanto, Alexandra intentaba mantenerse en la conversación, pero sentía cómo su rivalidad con su prima crecía con cada mirada que Wesley le dedicaba a Catalina. Era como si el salón entero hubiera desaparecido y solo existieran ellos dos, en una especie

de juego no dicho, una danza de palabras y miradas en la que Alexandra no encontraba la manera de colarse.

Después de la cena, llegaron los juegos, una tradición que los Penword llevaban en Nochebuena desde hacía generaciones. Los juegos solían ser ligeros, pensados para entretener tanto a los niños como a los adultos. Esa noche, los anfitriones habían preparado una serie de pruebas que combinaban el ingenio y la destreza: adivinanzas, charadas y, finalmente, un juego que consistía en formar parejas y competir en pequeñas pruebas de habilidad.

Fue entonces cuando la rivalidad entre Alexandra y Catalina tomó un matiz más visible. Cuando se anunció que Alexander Wesley sería uno de los líderes de los equipos, ambas primas trataron de asegurarse un lugar a su lado. Sin embargo, antes de que Alexandra pudiera reaccionar, Catalina ya había hecho su movimiento, deslizándose con gracia hacia Wesley y ofreciendo su mano para ser su compañera.

Martín al ver la audacia de su hija, apretó el mentón. Era demasiado joven para mostrarse tan coqueta, pero mantuvo silencio.

—Capitán Wesley, ¿sería tan amable de formar equipo conmigo? —preguntó Catalina con una sonrisa encantadora.

Alexander, siempre galante, no dudó en aceptar.

—Con todo el gusto. Estoy seguro de que juntos ganaremos cada prueba —respondió con una inclinación de cabeza y una sonrisa que hizo que se le revolviera el estómago a Alexandra.

Alexandra, herida por el desplante, tuvo que disimular su descontento, sonriendo de manera forzada mientras se unía a otro equipo. Pero su mente no estaba en los juegos ni en las risas que llenaban la sala. Su atención se centraba por completo en Catalina y Alexander, observando cómo se entendían a la perfección en cada una de las pruebas, riéndose juntos y compartiendo miradas cómplices.

A lo largo de la noche, Alexandra intentó atraer la atención de Alexander con comentarios ingeniosos o haciendo gala de su conocimiento, pero parecía que el joven capitán solo tenía ojos para Catalina. Las carcajadas de ambos resonaban en la sala, aumentando la frustración de Alexandra con cada minuto que pasaba. Catalina parecía brillar, segura de sí misma y consciente del poder que ejercía sobre el capitán.

Cuando concluyeron los juegos y los ganadores recibieron sus aplausos, Alexandra se excusó discretamente, alegando que necesitaba aire fresco. Salió al jardín trasero, donde el frío invernal le golpeó el rostro, pero no pudo apagar el calor que sentía en el pecho. Era una mezcla de celos y decepción que no sabía cómo controlar.

Mientras Alexandra contemplaba las estrellas, preguntándose cómo podía competir con alguien como Catalina, escuchó unos pasos

detrás de ella. Giró la cabeza, esperando que fuera Alexander, pero no. Era Hayden, que siempre parecía notar cuando algo no iba bien con su prima.

—¿Vas a quedarte aquí fuera toda la noche, Alex? —preguntó con su tono socarrón, pero con un brillo de preocupación en los ojos —.

—Solo necesitaba un momento para mí —respondió ella, intentando sonreír, aunque su voz la traicionaba.

—No te preocupes por Catalina —añadió Hayden, como si leyera sus pensamientos—. Wesley puede parecer interesado, pero créeme, esos dos no van a durar mucho. Catalina disfruta del juego, pero siempre se aburre cuando no gana al instante.

Alexandra lo miró y le agradeció el intento de consolarla, pero en su corazón, la noche no había sido como ella la había imaginado. De repente, comenzaron a caer los primeros copos de nieve del invierno.

—Vamos dentro, que puedes coger frío…

8

WATFORD ABBEY

Alexandra recorrió con la mirada las luces navideñas que adornaban el jardín; cada parpadeo de los farolillos se reflejaba en la capa de nieve que cubría el césped. Los árboles estaban engalanados con guirnaldas de colores y una suave brisa helada agitaba las ramas, haciéndolas crujir en el silencio de la noche. Sin embargo, todo ese esfuerzo por embellecer el entorno le parecía vano, pues su corazón estaba nublado por una mezcla de desilusión y tristeza.

La velada en Crimson Hill, que prometía ser festiva y alegre, había resultado ser una fuente de desengaños. Alexandra había esperado que, de algún modo, Alexander Wesley pudiera haber reparado en ella, en sus comentarios ingeniosos, en la manera en que se había esmerado por participar en los juegos… pero en lugar de eso, el capitán había sido incapaz de apartar la mirada de Catalina. Cada sonrisa que le dirigía a su prima era una puñalada en el orgullo de Alex, y aunque había mantenido su compostura durante la cena, ahora, en la soledad de su jardín, los pensamientos la asediaban sin tregua.

«¿Qué tiene ella que no tenga yo?», pensó, sintiendo cómo la frustración le calaba los huesos más que el frío de la noche. Catalina, siempre tan segura, tan brillante en cualquier escenario, había captado la atención de Wesley con una facilidad que le resultaba insoportable. No podía evitar sentir que, una vez más, su prima le robaba algo que podría haber sido suyo. Pero lo que más le dolía era que el interés del capitán no había sido un simple flirteo pasajero. Se había esforzado por complacer a Catalina, como si quisiera ganarse su favor, y había dejado muy claro a todos los presentes en la sala que su interés iba más allá de una simple cortesía.

«Y Devlin... ¿Cómo lo estará llevando él?», pensó, mientras el viento frío le hacía arder las mejillas. Su primo debía estar pasándolo igual de mal que ella. Alexandra no era la única que había visto la mirada de Devlin posarse en Catalina aquella noche. Aunque él intentaba disimularlo, había algo inconfundible en sus ojos cada vez que su prima cruzaba la sala. Devlin había cambiado mucho desde que Catalina apareció en su vida. Era obvio que había algo entre ellos, pero Alexandra sabía que su primo estaba tan perdido como ella, cautivado por una ilusión que lo consumía lentamente, sin poder hacer nada por evitarlo.

Sabía que Devlin nunca confesaría abiertamente sus

sentimientos, al menos no hasta estar completamente seguro de que Catalina sentía lo mismo. Pero esa noche, mientras ella flirteaba descaradamente con Wesley, la tristeza en los ojos de su primo era inconfundible. Y Alexandra lo comprendía a la perfección. Ambos estaban condenados a ser meros espectadores de una historia que no les pertenecía, esperando algo que quizá nunca llegaría.

«Qué irónico —pensó—, los dos estamos esperando a que Catalina decida si nos da una mínima señal de esperanza... y ni siquiera es consciente del daño que nos está haciendo».

Suspiró, abrazándose a sí misma para combatir el frío. Sabía que la rivalidad entre ella y Catalina no era nueva, pero nunca había pensado que llegaría a sentir algo tan profundo por alguien como Alexander Wesley. Era más que una atracción superficial. Lo admiraba por su inteligencia, por su carácter firme y por la forma en que siempre encontraba algo interesante que decir en cualquier conversación. Pero, a pesar de todo, Wesley había preferido a Catalina.

Por un momento, pensó en subir a su habitación y dejar que el día terminara de una vez. Pero todavía quedaba la merienda en los jardines de Crimson Hill, donde habría muchos más invitados que durane la cena. Alex pensó en mandar la merienda al diablo, sin embargo, algo se lo impidió. Quizá era la necesidad de hacer algo distinto, de no dejarse derrotar tan fácilmente. Sabía que Wesley podía haber mostrado su inclinación hacia Catalina, pero no todo estaba dicho. Quizá, si pasaba más tiempo con el capitán americano y lo conocía mejor, podría descubrir lo que ya sabía: que no había nadie más adecuada para él que ella.

Con ese pensamiento, Alexandra enderezó la espalda y decidió volver a la casa para cambiarse. Se pondría sus mejores prendas, y se acicalaría para parecerle la muchacha más guapa del mundo. El día no había terminado todavía, y mientras las velas siguieran encendidas y las risas sonaran en los salones, todavía había una oportunidad. No iba a rendirse tan fácilmente, ni ante Catalina ni ante nadie.

«Devlin también tiene que luchar», pensó. «Y si no lo hace él, tendré que empujarlo. Ninguno de los dos se va a quedar de brazos cruzados mientras Catalina juega con nosotros como si fuéramos sus marionetas».

Decidida, Alexandra se giró para regresar al interior de la casa, lista para afrontar ese día navideño, con la esperanza de que algo, cualquier cosa, pudiera cambiar el rumbo de las emociones que hasta entonces parecían escapar de su control, y entonces sus ojos se toparon con Kent que iba elegantemente vestido.

—Imagino, por la tormenta que veo en tus ojos, que la cena de Nochebuena no ha salido como esperabas.

—Imaginas bien —replicó Alexandra, ajustándose el abrigo con un movimiento brusco. Sabía que Kent la conocía demasiado bien como para disimular—. No ha salido nada como esperaba.

Kent se acercó a ella observándola con sus penetrantes ojos. Dio un paso hacia ella, con una expresión entre la curiosidad y la preocupación.

—¿Wesley, supongo? —preguntó con voz baja.

Alexandra apretó los labios y asintió. No podía ocultar el dolor en su mirada.

—Ha sido... ha sido humillante —dijo, cruzando los brazos—. ¿Sabes lo que es esforzarse toda una noche en ser agradable, ingeniosa, incluso... encantadora, solo para que él no te vea? —Su voz se quebró ligeramente, pero Alexandra se obligó a no mostrar debilidad frente a Kent—. Se ha pasado la noche halagando a Catalina, como si ella fuese la única mujer en la sala.

Kent la observó un instante, antes de suspirar con resignación.

—¿Y qué esperabas? Wesley siempre ha sido del tipo que busca lo fácil. Catalina es... —vaciló, buscando las palabras adecuadas—, accesible.

Alexandra lo fulminó con la mirada.

—¿Qué estás insinuando?

—Que deberías tener más dignidad que eso, Alex —respondió Kent, mirándola directamente a los ojos—. No puedes poner todo tu valor personal en si un hombre te mira o no. Especialmente uno como él.

—¡No estoy buscando tu sermón sobre dignidad, Kent! —replicó ella con dureza—. Wesley es... o era, alguien que creía diferente. Pensé que al menos me tendría en cuenta, que... que me vería.

—Te ve, Alex. Pero no como tú quisieras.

Alexandra sintió que la ira la inundaba.

—¡Tú siempre haces eso! —exclamó, señalándolo con un dedo acusador—. Te comportas como si lo supieras todo, como si tus palabras fueran ley. Pero no lo son, Kent. ¡No puedes entender lo que siento!

—¿De verdad? —replicó él, con una ceja alzada y la voz peligrosamente baja—. ¿De verdad crees que no entiendo lo que es no ser visto por alguien en quien pones tus expectativas? ¿O qué, porque no me interesan los mismos juegos sociales que a ti, soy incapaz de comprender tus emociones?

Alexandra vaciló, sorprendida por la intensidad de sus palabras. No se lo esperaba. Kent siempre había sido sereno, casi distante en sus opiniones, pero ahora parecía diferente, más... afectado.

—No es eso. —murmuró, desviando la mirada.

—Entonces, ¿qué es, Alexandra? —Kent dio un paso más cerca,

obligándola a enfrentarlo—. ¿Qué es lo que te hace pensar que la aprobación de Wesley, o de cualquier otro hombre, define tu valor?

—¡No lo entiendes! —gritó ella, retrocediendo—. No se trata solo de Wesley, Kent. Es todo... todo lo que represento, lo que espero de la vida. Es sentirme vista, sentirme... apreciada.

—Pero no es Wesley quien puede darte eso —Kent sacudió la cabeza con exasperación—. Y tú lo sabes. Estás buscando en el lugar equivocado.

Alexandra lo miró con los ojos entrecerrados mientras su corazón palpitaba con fuerza.

—¿Y tú qué sabrás al respecto? —respondió, con la voz teñida de dolor y rabia—. Tú no sientes, Kent. Te has construido un muro tan alto que no dejas que nada te toque. Para ti es fácil darme consejos desde tu torre de marfil. Pero no entiendes lo que es estar aquí, sintiendo que el mundo se te cae encima.

El silencio entre ambos se volvió pesado, solo interrumpido por la suave brisa de diciembre. Kent se quedó mirándola por un momento más, antes de apartar la vista.

—Tal vez tienes razón —murmuró finalmente, con una tristeza inesperada en su voz—. Tal vez no entiendo. Pero, por lo menos, deberías preguntarte si realmente vale la pena seguir sufriendo por alguien que no puede apreciarte.

Alexandra se quedó inmóvil, procesando las palabras de Kent. Sentía un torbellino de emociones dentro de ella, pero algo en la manera en que él había hablado, en su tono suave y su mirada vulnerable, la hizo detenerse.

—Lo único que deseo es... —empezó ella, pero su voz se quebró.

Kent se acercó, tomándola por los hombros con delicadeza.

—Mereces más, Alex —le dijo con una sinceridad que ella no esperaba—. Mucho más de lo que crees.

Alexandra sintió un nudo en la garganta mientras miraba los ojos de Kent, que parecían sostener una mezcla de comprensión y algo más profundo que no lograba identificar. Su mente se debatía entre el orgullo herido por las palabras de Wesley y la confusión que le provocaba Kent en esos momentos.

—¿Y qué se supone que debo hacer entonces? —preguntó ella, en un susurro apenas audible—. ¿Olvidarlo? ¿Simplemente resignarme a que nunca seré suficiente?

Kent la soltó lentamente, como si el contacto con ella fuese algo delicado, algo que temía quebrar si lo forzaba demasiado.

—No estoy diciendo que debas rendirte. Pero sí que deberías dejar de medir tu valor en función de lo que alguien más pueda ver en ti», respondió él, con su tono calmado habitual, pero había una calidez que Alexandra no había notado antes. Tienes tanto más que ofrecer,

pero estás enfocada en los ojos equivocados.

Alexandra se apartó un poco, luchando con sus emociones. Kent se había convertido en una especie de ancla para ella, su mejor amigo y confidente. Y, sin embargo, en ese momento, la profundidad de sus palabras la estaba llevando a un lugar que no quería explorar.

—¿Y si no quiero ver más allá? —replicó, bajando la mirada al suelo—. ¿Y si solo quiero sentir que alguien, al menos una vez, me ve realmente, Kent?

Él dejó escapar un suspiro, como si estuviera a punto de decir algo que llevaba tiempo reteniendo.

—Alex... —dijo suavemente, inclinándose un poco para que sus miradas se cruzaran de nuevo—. Te veo. Siempre te he visto y sé que muchos otros también te ven.

El corazón de Alexandra dio un vuelco. Se quedó paralizada ante esas palabras. No esperaba esa confesión y no estaba segura de cómo debía reaccionar. Durante meses, Kent había sido su refugio, la persona en la que confiaba cuando todo lo demás parecía inestable. Pero nunca había considerado que él pudiera verla de esa manera.

«No...» —dijo ella, negando con la cabeza, pero su voz se desvaneció. Las palabras de Kent seguían resonando en su mente, desafiando las barreras que ella misma había construido.

—Sí, Alex —insistió él, con una intensidad tranquila—. Quizá nunca te lo he dicho, pero es la verdad. Te veo, siempre te he visto como eres en realidad.

El silencio que siguió fue pesado. Alexandra se quedó quieta, observando a Kent como si lo viera por primera vez bajo una nueva luz, una luz que la obligaba a reconsiderar todo lo que había creído sobre su relación con él.

—Kent, yo... —Su voz tembló, incapaz de terminar la frase. No sabía cómo lidiar con lo que estaba sintiendo, con esa mezcla de sorpresa, confusión y algo más que no quería nombrar.

Kent la observó un momento más, esperando quizás una respuesta diferente, pero cuando vio que Alexandra seguía inmóvil, retrocedió un paso y le dio una sonrisa triste.

—Sigues siendo la *tontalista* más grande del reino —dijo, con una calma que casi la enfureció—. Solo quiero que lo sepas. Que sepas que yo te veo tal como eres, con todos tus defectos y virtudes.

Y con esas últimas palabras, Kent se dio media vuelta y se dirigió hacia las ventanas del salón, dejándola sola. Alexandra lo observó marcharse, sintiendo que algo había cambiado irremediablemente entre ellos. De repente, él se giró y la miró con curiosidad.

—¿Vienes? —le preguntó—. Porque no pienso ir solo a la casa de tu tío el duque…

El rostro de Alexandra se iluminó con una sonrisa.

—Bien, ha llegado la hora de que me ayudes con Catalina…

9

Devlin caminaba por los silenciosos pasillos de Crimson Hill, con el eco de sus propios pasos como única compañía. La casa, a pesar de estar decorada con esplendor navideño, parecía vacía y fría en ese momento. Los recuerdos de la cena de Nochebuena le pesaban como una losa. Catalina, tan hermosa y radiante como siempre, había pasado toda la noche sonriendo y riendo con el capitán Alexander Wesley, sin prestar atención a nada ni a nadie más.

Por más que Devlin intentaba ignorar ese ardor en su pecho, la realidad era innegable: Catalina no lo veía. Para ella, él era alguien con quien intercambiar comentarios triviales, mientras que sus verdaderos afectos parecían volcarse en Wesley. El capitán, con su porte gallardo y su innata confianza, se había ganado la atención de todos, pero especialmente la de Catalina.

Devlin se detuvo frente a una ventana y contempló la nieve que comenzaba a caer lentamente sobre los jardines. Se llevó una mano a la sien, intentando calmar la creciente sensación de desolación que lo consumía. Sabía que había sido un necio, esperando algo que, al parecer, nunca había tenido la más mínima posibilidad de suceder.

«Es ridículo», pensó amargamente. Había permitido que sus sentimientos crecieran descontroladamente y que una fantasía sobre lo que podría ser se enraizara en su mente. Y ahora, el rechazo silencioso de Catalina y el hecho de que sus ojos solo brillaran por Wesley lo hundían en una desesperanza que no sabía cómo gestionar.

De repente, oyó el sonido de unos pasos que se acercaban. Devlin giró la cabeza y vio a su prima Alexandra, que estaba de pie a unos metros de él. Sus miradas se cruzaron y, en ese momento, ambos supieron, sin necesidad de palabras, que compartían el mismo dolor.

—Tu madre me ha enviado a buscarte —le dijo Alexandra con mirada preocupada—.Ya están todos en el salón de banquetes.

El primo clavó la mirada en los bellos ojos de Alexandra que se veían tristes.

—Así que tú también lo notaste —murmuró Devlin, volviendo la vista hacia la ventana.

Alexandra avanzó hasta colocarse a su lado con las manos entrelazadas, en un gesto de tensión reprimida.

—Es difícil no darse cuenta —respondió con un suspiro—. Catalina y Wesley no han sido precisamente discretos.

Devlin suspiró profundamente con frustración.

—Supongo que fui un idiota por pensar que había alguna posibilidad. Wesley es todo lo que ella siempre ha buscado. Yo... soy solo un amigo.

Alexandra se apoyó en el marco de la ventana y observó el paisaje nevado. Por un instante, pensó en compartir con Devlin lo que acababa de descubrir sobre Kent, sobre cómo sus propios sentimientos estaban completamente desordenados. Pero el dolor que ambos sentían por las personas equivocadas no hacía más que subrayar lo complicado que era todo.

—No eres solo un amigo, Devlin —dijo finalmente, girándose para mirarlo—. Tienes mucho más valor del que crees. Solo que, a veces, el corazón no sabe ver lo que tiene delante. Catalina es ciega a muchas cosas.

Devlin se rio, pero fue una risa amarga.

—Ciega o no, no cambia el hecho de que prefiere a Wesley.

Alexandra asintió lentamente, sintiendo cómo su propio dolor resonaba en esas palabras. Ambos estaban atrapados en una situación similar: luchando contra sus sentimientos no correspondidos, mientras veían cómo las personas a las que querían ponían su atención en otros.

—Tienes razón, no lo cambia —admitió ella, con voz apagada—. Pero lo que sí puedes cambiar es lo que haces con ello. No puedes quedarte aquí, sufriendo por alguien que no te ve. Tampoco yo puedo quedarme lamentándome por Wesley.

Devlin la miró, sorprendido por esa última confesión.

—¿Wesley? —preguntó con incredulidad.

Alexandra desvió la mirada, sonrojándose ligeramente.

—Sí, Wesley —admitió en voz baja—. Pensé... pensé que tal vez, si me esforzaba lo suficiente, si lograba captar su atención... Pero Catalina, como siempre, parece ser la estrella que brilla más que nadie.

Devlin asintió, entendiendo ahora que no estaba solo en su dolor. Ambos estaban sufriendo por la misma persona que había captado la atención de los dos.

—Somos un par de tontos, ¿verdad? —murmuró él, medio sonriendo—. Eligiendo a las personas equivocadas.

—Según Kent, yo soy *tontalista*…

—Curiosa definición, y, por cierto, que te queda de perlas.

Alexandra volvió a instarlo para que fueran al salón de banquetes.

—Están todos esperándonos.

—Admítelo, estabas deseosa de acribillarme a preguntas.

Alexandra sonrió porque su primo Devlin la conocía muy bien.

—O quizás simplemente esperaba que tú me ofrecieras todas las respuestas —replicó Alexandra con una leve sonrisa, aunque su mirada seguía reflejando el pesar que ambos compartían.

Devlin soltó una suave risa, aunque no alcanzó sus ojos. Estaba claro que, a pesar de la broma, ambos seguían cargando con un peso

que no sabían cómo dejar atrás.

—Lamento decepcionarte, pero no tengo todas las respuestas —dijo él, mirando de nuevo por la ventana—. Ojalá fuera tan sencillo.

«Nunca lo es», murmuró Alexandra, más para sí misma que para él. Luego, levantó la cabeza y lo miró de nuevo.

—Supongo que una parte de nosotros sigue esperando que las cosas se resuelvan por sí solas.

Devlin la miró de reojo y notó la misma frustración en sus palabras que él había sentido tantas veces. Ambos sabían lo que era esperar algo que probablemente nunca llegaría. Esperar a que alguien los viera de repente como ellos querían.

—¡Joder, Alex! Parece que estoy escuchando las palabras de tu amigo Kent y no las tuyas —le dijo Devlin tras una pausa—. Te influencia demasiado.

Alexandra se tensó ligeramente al oír eso. Kent siempre había estado ahí para ella, pero desde la noche de la cena de Nochebuena, algo en su dinámica había cambiado. No sabía muy bien cómo describirlo, pero sentía que Kent la miraba de una forma diferente, como si él ya hubiese encontrado las respuestas que ella seguía buscando.

—Kent... Es especial —comenzó, intentando encontrar las palabras adecuadas—. Es un buen amigo, y mira que me hace rabiar.

Devlin arqueó una ceja, intrigado.

—Porque te dice la verdad y no lo que deseas escuchar.

Alexandra se mordió el labio inferior, incómoda con la conversación.

—A veces es tan insufrible que siento deseos de golpearlo con lo que sea —respondió finalmente con sinceridad—. Me desquicia, me enfada, pero es mi mejor amigo.

Devlin la observó con una mezcla de empatía y entendimiento. Sabía lo que era estar atrapado entre lo que uno siente y lo que debería sentir. Lo vivía todos los días.

—Yo no creo en la amistad entre hombres y mujeres —dijo él, con una voz suave—. Ya te lo he dicho muchas veces, porque esa amistad suele terminar con el corazón roto de uno de los dos.

Alexandra lo miró fijamente.

—No estoy de acuerdo contigo —murmuró al fin—. Kent es el mejor amigo que una mujer puede desear.

El silencio que siguió fue cómodo, una especie de tregua entre ambos, como si hubieran compartido algo importante sin necesidad de profundizar en ello. Y, aunque el dolor de sus desilusiones seguía presente, había una ligera sensación de alivio ante el hecho de que, tal vez, no todo estaba perdido.

—Vamos a regresar antes de que Kent se pregunte si he

secuestrado a la única *tontalista* de los Penword —dijo Devlin, rompiendo el silencio con un leve tono de burla.

Alexandra le dio un codazo.

—Él es el único al que le permito que me diga eso —respondió —. No tientes a tu suerte, porque saldrás perdiendo.

Devlin soltó una carcajada sincera esa vez y regresaron juntos al salón de banquetes, listos para enfrentar la realidad con una perspectiva renovada. Al llegar, se encontraron con un duelo verbal entre Black, Hayden, Victor y Andrew. La comida de Navidad aún no se había servido, pero la mirada que la duquesa le dirigió a Devlin y a ella no la iba a olvidar en la vida. Tomaron asiento en sus respectivos lugares y, en ese momento, la duquesa dio la orden de que los sirvientes comenzaran a servir.

En Crimson Hill no cabía un alma más, pero todo resultaba inolvidable. Era emocionante ver a la familia y los amigos reunidos, charlando, riendo y, por supuesto, lanzando pullas a los que, según la tradición, eran los blancos perfectos de la velada.

Hayden, Victor y Andrew se inclinaban hacia adelante en la mesa, con una chispa de picardía en los ojos mientras miraban al marido de su prima Elizabeth, Black McGiver, el escocés que siempre había sido objeto de sus bromas.

—Dime, Black —comenzó Hayden con una sonrisa maliciosa—, ¿es verdad que en Escocia los hombres llevan faldas por algo más que el frío?

Andrew soltó una carcajada, mientras que Victor, con una expresión de falsa preocupación, añadió:

—Quizá lo hacen porque no saben coser pantalones decentes. Me pregunto si Elizabeth ya te ha enseñado algo de elegancia inglesa.

—Se llama kilt —apuntó Elizabeth en tono censurable.

Black, con una calma que denotaba que ya estaba acostumbrado a las pullas, se llevó una copa de whisky a los labios. Sus ojos brillaban bajo la luz de las velas mientras observaba a los tres hermanos, esperando pacientemente su turno.

—¿Elegancia inglesa? —repitió Black con su acento escocés grueso, mirando a Víctor—. Yo diría que no hace falta que me enseñe elegancia alguna, porque, tal como dicen en Inglaterra, «lo que no se aprende de joven, se aprende de viejo». Pero, claro, algunos nacen sin remedio.

La carcajada de Elizabeth, que estaba sentada al lado de su marido, resonó en la mesa y Hayden alzó una ceja, sorprendido pero no dispuesto a rendirse tan fácilmente.

Las palabras de Black lograron que Victor entrecerrara los ojos.

—¿Has insinuado que nunca llegaré a tener elegancia o sofisticación?

—Bueno, lo que quería decir, Black, es que en Escocia parece que todo es muy rústico. Aquí, en Inglaterra, hacemos las cosas con un poco más de sofisticación —argumentó Hayden.

Andrew asintió, tratando de apoyar a su hermano. El escocés se divertía con los primos de Elizabeth.

—¿Como cuando os pasáis horas hablando del tiempo? —replicó Black, volviendo a llenar su copa—. En Escocia no tenemos tiempo que perder en eso. Simplemente hace frío, llueve o nieva, y seguimos adelante. Vosotros, en cambio, os paráis a discutir si llueve con elegancia o no. Es fascinante.

—¡Touché! —exclamó Elizabeth, riéndose con ganas—. ¡Los tienes bien calados, querido esposo!

Victor se inclinó hacia delante, aún no listo para dejarlo pasar.

—¿Y qué me dices del whisky? —dijo con tono burlón—. Se dice que lo hacéis tan fuerte para olvidaros del mal tiempo que tenéis todo el año.

—Ah, claro —respondió Black, sonriendo—. Porque vosotros preferís beber un vino que tiene menos cuerpo que vuestras pullas.

Un silencio momentáneo cayó sobre la mesa, mientras los hermanos se intercambiaban miradas, claramente sorprendidos de cómo Black había esquivado todos sus comentarios con agudeza. No se esperaban que el escocés respondiera con tanta rapidez y soltura.

Fue entonces cuando Andrew, el menor de los tres, intentó una última estocada.

—¿Y qué me dices de esas historias sobre los escoceses luchando con espadas gigantes? —dijo con una sonrisa burlona—. Me pregunto si son tan grandes para compensar alguna carencia...

Las risas estallaron entre los presentes, y Black, sin perder la compostura, se inclinó hacia Andrew con los ojos brillantes de diversión.

—En Escocia, todo lo que usamos es grande —dijo, bajando la voz con un tono de desafío—. Y las espadas no son la excepción, ni otras cosas.

La risa de Elizabeth volvió a resonar, y ahora todo el salón se unió a ella. Andrew, sin palabras, se sonrojó y se recostó en la silla, claramente derrotado.

Victor le dio una palmada en el hombro a Andrew entre risas, y Hayden levantó su copa en señal de rendición.

—Bien jugado, Black —dijo con una sonrisa apreciativa—. Parece que las historias sobre los escoceses no son solo mitos.

—Lo único que es un mito —respondió Black con una sonrisa ladina— es ese dicho de que los ingleses siempre ganan las discusiones.

Los tres hermanos se rieron a carcajadas al reconocer la victoria

del escocés. Mientras tanto, Elizabeth le dio una palmadita en la mano a su marido, orgullosa de que una vez más hubiera demostrado ser más astuto que sus primos.

El duque de Arun, sentado en la cabecera de la larga mesa de banquetes, observaba el salón lleno de familiares y amigos con una expresión pensativa. Había algo en el aire ese día que iba más allá del bullicio habitual de la comida de Navidad. El ambiente estaba cargado de una tensión silenciosa que él, con sus muchos años y su aguda perspicacia, no podía pasar por alto.

Sus ojos recorrieron la mesa y se posaron primero en Alexandra, cuya mirada seguía discretamente al capitán Alexander Wesley. Su expresión era tan obvia que hasta alguien sin experiencia en el arte de la observación lo hubiera notado. Era una mezcla de anhelo y frustración que solo alguien que no ha captado la atención deseada podría mostrar. Cada vez que Wesley hablaba, Alexandra parecía contener la respiración, como si esperara que sus palabras estuviesen dirigidas a ella. Pero cuando el capitán, ajeno o quizá intencionadamente distante, giraba su atención hacia otra dirección, los ojos de Alexandra perdían su brillo.

Y entonces, ahí estaba Catalina. Ella también miraba a Wesley, pero sus miradas eran diferentes. Donde Alexandra mostraba anhelo, Catalina mostraba control. Era como si supiera exactamente lo que estaba haciendo, lanzándole sonrisas calculadas y miradas coquetas. El capitán correspondía, aunque intentaba mantener cierta distancia, pero el duque sabía reconocer cuándo un hombre estaba atrapado entre el encanto y la confusión. Wesley, sin duda, estaba cayendo bajo el hechizo de la joven.

El duque suspiró quedamente y continuó observando el espectáculo, consciente de que no era el único que sufría en esa escena. Su hijo, Devlin, se encontraba a unas pocas sillas de distancia, pero sus ojos no se apartaban de Catalina. Devlin intentaba disimularlo, claro, pero no había nada más elocuente que esa mirada silenciosa y nostálgica, esa que solo nace de un amor no correspondido. Cada vez que Catalina reía o intercambiaba una sonrisa con Wesley, la mandíbula de Devlin se tensaba un poco más. Era evidente para el duque que su hijo sufría en silencio, atrapado entre la cortesía y el deseo, incapaz de actuar sin romper las normas no escritas de la sociedad que ambos habitaban.

Y, por último, estaba Kent. El duque notaba que su mirada también vagaba, pero no hacia Catalina, sino hacia Alexandra. Sus ojos, cargados de una mezcla de cariño y exasperación, seguían cada gesto de su prima con una atención meticulosa. Era casi como si Kent entendiera algo que los demás no. Como si viera el rompecabezas desde una perspectiva externa, consciente de lo imposible que era

resolverlo, pero aun así demasiado involucrado para apartarse. Cada vez que Alexandra lanzaba una mirada fugaz a Wesley, los ojos de Kent parpadeaban, como si quisiera intervenir, como si quisiera salvarla de una decepción inevitable.

Entonces su mirada se topó con el hijo de Eulalia, Martín, y supo que el hombre había pensado exactamente lo mismo que él. Martín alzó su copa de vino, y le dedicó un brindis, sin embargo, sus ojos no sonreían. Seguían atento a todo lo que sucedía en la casa.

El duque de Arun se reclinó en su silla y observó el ir y venir de las miradas, como si fuera el testigo de un puzle emocional que, por mucho que lo analizara, no tenía una solución fácil. Sabía que esa comida de Navidad, bajo su superficie festiva, ocultaba deseos no cumplidos, corazones confundidos y, sin duda, alguna que otra desilusión futura. Pero también sabía que nadie podría detener el curso de los acontecimientos. Ni siquiera él podía detener el curso de los acontecimientos.

10

Después de la opípara comida de Navidad, todos se habían reunido en los jardines traseros de Crimson Hill, donde se habían habilitado unas carpas decoradas con guirnaldas de acebo y cintas doradas. A pesar del frío invernal, el ambiente en el interior de las carpas estaba cálido y acogedor gracias a las brasas encendidas en grandes braseros de hierro. El aire estaba cargado con el aroma de las especias y el suave crepitar de los leños al fuego. Los niños corrían entre los adultos, abrigados con sus capas y bufandas, riendo y jugando con la nieve recién caída que cubría los jardines.

Alexandra caminaba despacio, observando a los invitados con una mezcla de orgullo y melancolía. La velada había sido un éxito, pero su ánimo no lo reflejaba. A lo lejos, vio a Catalina, que charlaba animadamente con Alexander Wesley; su risa sonaba clara incluso en medio del bullicio de la fiesta. Alexandra apartó la mirada, sintiendo un nudo formarse en su estómago.

Mientras ella se perdía en sus pensamientos, Devlin se le acercó, sus pasos crujían sobre la nieve. Él también había estado observando a Catalina y Wesley, y su expresión no era menos sombría que la de su prima.

—Se ha quedado una tarde hermosa —comentó él, más por romper el silencio que por convicción propia.

—Hermosa para algunos —replicó Alexandra, sin ocultar la amargura en su tono.

Devlin le dedicó una mirada cómplice, ya que ambos compartían el mismo desencanto. A pesar de la belleza de la noche, con las luces doradas brillando sobre la nieve y el sonido de las voces felices a su alrededor, para ellos había una sensación de incompletitud, de algo que no terminaba de encajar.

—¿Crees que alguna vez aprenderemos? —preguntó Alexandra con la mirada fija en Wesley y Catalina, como si observar esa escena le doliera, pero no pudiera evitarlo.

—Quizá no se trate de aprender, sino de aceptar —respondió Devlin con un suspiro. Aceptar que no siempre las cosas salen como las imaginamos.

En ese momento, Kent apareció a su lado e interrumpió su conversación. El brillo pícaro en sus ojos contrastaba con el aire taciturno de los otros dos.

—¿Otra vez murmurando los dos? —se burló Kent, con una sonrisa que intentaba animar el ambiente—. Esto empieza a convertirse en un mal hábito.

—Deja de hacerte el listo, Kent —le replicó Alexandra, aunque

sin mucha fuerza—. No todos tienen la suerte de ser inmunes a... —sus palabras quedaron en el aire.

Kent levantó una ceja y la miró con intensidad. Parecía a punto de decir algo, pero en lugar de eso simplemente lanzó una rápida mirada a Devlin, como si compartieran un entendimiento silencioso.

—No soy inmune a nada —dijo finalmente Kent, en un tono más suave—. Pero quizás sea más consciente de cuándo vale la pena luchar y cuándo no.

Devlin, quien había estado observando la escena, asintió lentamente, reconociendo la verdad en esas palabras. Se despidió de Alexandra y Kent, y decidió dejarlos a solas. Los dos caminaron hacia el invernadero. Alex le había prometido que le enseñaría el variado colorido de las flores que cultivaba su tía Dawn.

Alexandra y Kent caminaron en silencio hacia el invernadero, dejando atrás el bullicio de la fiesta navideña. A medida que se acercaban, el calor del interior del invernadero se filtraba hacia el exterior, rompiendo el frío de la noche. El aire olía a tierra húmeda y a flores, un contraste agradable con el helado jardín cubierto de nieve.

—Es un lugar mágico —comentó Kent, observando cómo el vapor del ambiente empañaba los cristales—. Nunca pensé que un invernadero pudiera tener tanta vida en pleno invierno.

Alexandra sonrió con nostalgia mientras recorría con la mirada las plantas que su tía Dawn cuidaba con esmero. Las flores, en tonos de rojo, rosa y violeta, se alzaban elegantes bajo la tenue luz de las lámparas colgantes.

—Mi tía siempre decía que las flores son como las personas —dijo ella, rompiendo el silencio—. Algunas florecen en condiciones adversas y otras necesitan el calor y la protección para sobrevivir.

Kent la miró de reojo y notó el leve temblor en su voz. Se acercó a una planta de orquídeas que destacaba por su vibrante color lila y la observó con detenimiento, como si intentara descifrar el significado oculto en las palabras de Alex.

—¿Y tú? —preguntó en voz baja— ¿Qué tipo de flor serías?

Alexandra se quedó pensativa un momento, mirando las orquídeas con una sonrisa triste.

—Quizá una que aún no ha decidido si florecer o marchitarse —respondió finalmente, encogiéndose de hombros—. A veces pienso que estoy atrapada en un invernadero, como estas flores. Protegida, pero sin poder sentir el viento real, sin saber qué hay fuera de este cristal.

Kent frunció el ceño, sorprendido por la sinceridad de sus palabras. Durante todo ese tiempo, había visto en Alexandra una mujer segura de sí misma, fuerte e imparable. Pero ahora, en medio de las plantas, bajo la cálida luz del invernadero, parecía más vulnerable que nunca.

—No creo que estés atrapada, Alex —dijo, con su voz grave y sincera—. Creo que eres una flor que solo está esperando el momento adecuado para florecer. Pero tienes que decidir si quieres abrirte al mundo o seguir aquí, bajo protección.

Las palabras de Kent quedaron flotando en el aire y Alexandra lo miró, sorprendida por su perspicacia. Había algo en él que siempre la desconcertaba: su capacidad para entenderla mejor que ella misma a veces. Quizá era porque no la adulaba como otros ni la veía como la joven inalcanzable que muchos creían que era. Kent la veía, simplemente, como Alexandra.

—¿Y tú? —preguntó ella, ladeando la cabeza—. ¿Qué flor serías?

Kent soltó una breve risa y sacudió la cabeza.

—Oh, yo probablemente sería una mala hierba —dijo con un toque de sarcasmo—. Resistente, pero no particularmente agradable a la vista.

Alexandra rio, y por primera vez en toda la noche, la risa no le supo amarga.

—Quizá por eso nunca te he podido arrancar —respondió ella, con una sonrisa que apenas se dibujaba en sus labios.

Kent la miró, y por un momento ambos se quedaron en silencio, las palabras sobraban. La calidez del invernadero los envolvía y, aunque el mundo exterior seguía helado, entre las flores se sentía como si todo pudiera florecer, incluso las emociones más ocultas.

—Ven —dijo Alexandra finalmente, con un brillo de determinación en los ojos—. Aún no te he mostrado las rosas blancas.

El ambiente dentro del invernadero se había vuelto más íntimo, casi frágil. Alexandra y Kent caminaban entre las flores, pero el peso de algo no dicho colgaba entre ellos. Kent observaba cada planta como si quisiera recordarlas, como si aquel momento fuera único e irrepetible. Alexandra notó ese cambio en él, una melancolía que no había estado presente antes.

Finalmente, se detuvieron frente a un rosal. Las rosas blancas brillaban bajo la luz tenue, y Alexandra se giró hacia él para decir algo, pero su mirada se cruzó con la de Kent y, de repente, el silencio se volvió abrumador. Había algo en la mirada de él que la detuvo.

«Alex...» —Alex... Parecía que luchaba por encontrar las palabras, por decidir cómo decírselo.

Ella lo miró, esperando, pero al mismo tiempo sintiendo una punzada de miedo en el pecho. Había visto esa mirada antes en otros hombres que partían, que dejaban algo atrás. Kent, normalmente tan resuelto, parecía vacilar.

—Me voy a la India mañana —dijo finalmente, en un susurro, pero con mucha firmeza.

La noticia la golpeó como una ráfaga de aire frío. Alexandra no

pudo evitar que su rostro reflejara sorpresa, incluso una sombra de tristeza. Sus labios temblaron un poco antes de responder, pero las palabras se negaban a salir de su boca. Su mente se llenó de preguntas, pero no hizo ninguna. Solo pudo mirar a Kent, buscando en sus ojos alguna razón más profunda.

Ella sabía que se marcharía pronto, pero se sorprendió de que lo hiciera al día siguiente.

Kent la miró intensamente, como si quisiera decirle algo más, como si en esos segundos quisiera revelarle todo lo que había estado callando, todo lo que no se había atrevido a decir. Pero no pronunció palabra. Era como si cada cosa que no decía estuviera escrita en sus ojos: el adiós, la promesa, el anhelo de lo que podría haber sido si las circunstancias hubieran sido diferentes.

Alexandra sintió que su corazón se encogía en el pecho, pero no quería mostrarse débil. Respiró hondo y, con un esfuerzo enorme, forzó una sonrisa.

—Te deseo lo mejor, Kent —dijo, con un hilo de voz—. Que tengas un buen viaje.

Él asintió, pero su mirada no se apartaba de la suya, como si quisiera grabar su imagen en la memoria. El silencio que siguió fue espeso, lleno de emociones no dichas. Alexandra sintió que se le cerraba la garganta, pero se mantuvo firme.

—No sé cuándo regresaré —añadió él, como una advertencia, como si no quisiera dejar esa puerta abierta a la esperanza.

—Lo entiendo —respondió ella, aunque la realidad de esas palabras pesaba más de lo que quería admitir.

Kent extendió la mano, pero no para tocarla. Se quedó suspendida en el aire, como si un simple gesto pudiera hacer que se desmoronara todo el autocontrol que ambos mantenían. Finalmente, bajó la mano y dio un paso atrás.

—Cuídate, Alex —dijo, y su voz se quebró ligeramente, casi imperceptible—. Despídeme de tus padres, y del resto de invitados.

Alexandra lo vio girarse y caminar hacia la puerta del invernadero. Y entonces, cuando él ya estaba a punto de salir, sus ojos se llenaron de lágrimas que se negó a derramar. Lo vio desaparecer y, en el silencio del invernadero, rodeada de las flores de su tía, se sintió más sola que nunca.

11

En los jardines traseros de Crimson Hill, bajo las carpas elegantemente dispuestas, el ambiente no podía ser más alegre. Las luces de las guirnaldas colgaban entre los árboles, iluminando las sonrisas de todos los presentes. La música y el bullicio de las conversaciones hacían eco por todo el lugar, mientras los familiares y amigos disfrutaban de la tarde navideña con risas y anécdotas.

En el centro de una mesa larga, Martín de Valiente y Caballero, el antiguo espía de la corona española, estaba contando una de sus historias con el aire dramático que lo caracterizaba. Su esposa, Emily, lo escuchaba con una sonrisa socarrona, acostumbrada ya a las aventuras exageradas de su marido.

—Entonces, allí estaba yo, rodeado por los franceses —decía Martín, agitando las manos para enfatizar la acción—. Tres mosquetes apuntando hacia mi pecho, y sin un alma que pudiera ayudarme. Pero, claro, ¿quién necesita ayuda cuando uno tiene una mente tan afilada como la mía?

—¿Afilada? —intervino Emily, con una ceja levantada y una sonrisa burlona—. Me parece que lo único afilado que has visto fue la espada con la que cortamos nuestra tarta nupcial.

El duque de Arun, Justin, que estaba a su lado, soltó una carcajada sonora. Siempre encontraba divertidas las interacciones entre Martín y Emily: el ingenio español junto a la agudeza inglesa.

—Debe de ser doloroso que ese sea el recuerdo más valiente que tiene tu esposa, ¿verdad, Valiente? —bromeó el duque haciendo alusión al apellido del español.

—La historia de mi vida con mi peculiar apellido —se quejó el noble de forma falsa.

—Pues a mí me gustan mucho sus apellidos —dijo la duquesa con ojos brillantes.

—Gracias, su excelencia —le agradeció el noble.

Martín, fingiendo estar ofendido, colocó una mano en el pecho y miró a su esposa con ojos acusadores.

—Mi querida Emily, parece que disfrutas al desacreditar mis hazañas. Pero si no fuera por mí, no estaríamos aquí, sentados bajo estas hermosas carpas, disfrutando de esta paz.

—Oh, claro —Emily no pudo evitar seguir con la broma—, porque estoy segura de que, sin ti, España y Francia seguirían en guerra.

Jamie, que escuchaba desde el otro lado de la mesa, se inclinó hacia adelante, con una sonrisa ladina.

—Bueno, eso es indiscutible. ¡Martín, el hombre que terminó con

la guerra con su pico de oro! —Jamie le guiñó el ojo, provocando más risas entre los presentes.

—¡No os riais, que fue cierto! —Martín levantó su copa, sin perder el tono de diversión—. Lo que pasa es que los detalles se han perdido en la historia. La realidad es siempre menos impresionante que la leyenda.

Eulalia, que estaba a unos pasos, escuchando la conversación y divertida por la manera en que su hijo siempre sabía robarse el protagonismo, se acercó con una elegancia imponente. A pesar de su edad, mantenía una figura erguida y una presencia que no podía ser ignorada.

—Oh, por favor, dejad en paz a Martín —dijo Eulalia con un tono protector, aunque con una sonrisa que dejaba claro que estaba disfrutando del intercambio—. No todos los días tenéis el honor de escuchar las historias de un verdadero héroe.

Martín se giró hacia su madre, inflando el pecho con orgullo.

—¡Gracias, madre! Al menos alguien aquí aprecia mi gran contribución a la paz europea.

Eulalia le dio una suave palmada en la espalda.

—No me cabe duda de que lo que dice es cierto. Y si alguien aquí necesita una lección de valentía y estilo, ya sabéis a quién acudir —añadió, mirando con picardía al duque y a Jamie.

Harry fingió inclinarse con respeto.

—Laly, nunca dudaríamos de las palabras del gran Martín. Después de todo, ¡es un hombre de valor incuestionable y aventuras sin fin! —apuntó Harry que miraba a su esposa con ojos almibarados.

Emily, que no podía dejar pasar la oportunidad, soltó una carcajada y miró a Martín con cariño.

—Por supuesto, todos aquí lo sabemos. Solo que en casa, a veces, la aventura es más pequeña y no siempre tan heroica. Pero eso, mi querido esposo, nunca te lo diré frente a una audiencia tan entregada.

El duque asintió con una gran sonrisa, levantando su copa en señal de brindis.

—Por Martín de Valiente y Caballero, el hombre que logró lo imposible y conquistó tanto corazones como batallas... y todo, siempre, con el apoyo incondicional de su formidable pico de oro.

La mesa entera estalló en risas y aplausos, mientras Martín se inclinaba teatralmente, aceptando el aplauso como si fuera el héroe de una ópera. Pero, entre las bromas y los juegos de palabras, era evidente que el cariño y la camaradería fluían entre todos, fortaleciendo los lazos familiares en esa tarde navideña.

—¿Dónde están los jóvenes? —apuntó Martín con ojos entrecerrados.

Estaba claro que se refería a su hija Catalina y al americano.

El bullicio en los jardines traseros de Crimson Hill seguía en su apogeo, con el sonido de risas y conversaciones animadas llenando el aire. Los jóvenes, sin embargo, se habían dispersado por el extenso terreno, buscando rincones donde disfrutar de su propia diversión. Algunos se habían congregado alrededor de la fuente central, charlando despreocupadamente, mientras otros se habían aventurado hacia el laberinto de setos, donde el juego de esconderse y encontrarse les resultaba irresistible. El invernadero, iluminado tenuemente, también albergaba a algunos, fascinados por la belleza de las flores que Dawn había cultivado con tanto esmero.

Martín, tras su espectáculo de anécdotas, se levantó con energía renovada y observó cómo el duque y Jamie seguían el hilo de las conversaciones.

—¡Bueno, caballeros! —dijo Jamie, frotándose las manos—. Me parece que alguien debería traer de vuelta a esos jóvenes antes de que se pierdan para siempre en los laberintos de este jardín. Si alguien puede rastrearlos, ese eres tú, Martín —dijo, levantándose de su asiento—. Después de todo, si pudiste rastrear a los soldados franceses, estoy seguro de que encontrar a un par de jovenzuelos no será un reto. —A Martín se le había terminado las ganas de broma, y Jamie se dio por enterado—. Te acompañaré.

El duque sonrió e hizo un gesto para que ambos hombres se adelantaran.

—Adelante, pero no os llevéis demasiado tiempo. Creo que es hora de reunir a todos antes de que los secretos del jardín revelen más de lo que deberían.

Con una leve inclinación de cabeza, Martín y Jamie se pusieron en marcha, caminando por los senderos de grava que conducían a los distintos rincones del extenso jardín. Al llegar a la fuente, encontraron a un grupo de primos charlando animadamente, pero no vieron ni rastro de Catalina ni de Alexander Wesley. Al seguir caminando, atravesaron el laberinto, donde algunos jóvenes jugaban entre los setos. Aun así, el paradero de Catalina y Wesley seguía siendo un misterio.

—Parece que se han ocultado bastante bien —comentó Jamie, medio en broma, medio intrigado.

Martín, con una mirada aguda que no había perdido a lo largo de los años, apuntó hacia una parte más apartada del jardín, cerca de un pequeño mirador escondido tras unos árboles.

—Siempre es en los rincones más discretos donde se encuentran las sorpresas más grandes —susurró, casi como si supiera lo que estaba a punto de suceder.

Martín, antiguo espía de la Corona de España y hombre

acostumbrado a enfrentarse a lo inesperado, jamás habría imaginado lo que estaba a punto de descubrir en esa tranquila noche navideña. Junto a Jamie, caminaba con la seguridad de un hombre que había visto de todo, pero ninguna de sus experiencias lo había preparado para lo que presenciaría en ese rincón apartado del jardín de Crimson Hill.

Cuando doblaron la esquina, al ver las sombras moviéndose entre las ramas, Martín sintió una punzada de curiosidad. Su mirada aguda captó el perfil de dos figuras entrelazadas, pero tardó un par de segundos en darse cuenta de quiénes eran. Y, cuando lo hizo, el aire pareció escapársele del pecho.

Allí, en medio de los árboles, su hija Catalina estaba en los brazos de Alexander Wesley, compartiendo un beso apasionado que claramente no era el primero. Martín se detuvo en seco, como si hubiera sido golpeado por una ráfaga de viento helado. Su corazón latió con fuerza y, por un instante, el inquebrantable exespía se quedó completamente inmóvil, sin saber cómo reaccionar.

Jamie, que también había visto la escena, miró de reojo a Martín esperando algún tipo de respuesta, pero lo que encontró fue un rostro petrificado, una mezcla de incredulidad y shock.

«Por el amor de Dios…», murmuró Martín finalmente, con la voz ahogada y los ojos fijos en la escena.

Jamie, consciente de la gravedad del momento, puso una mano en el hombro de su amigo y trató de aliviar la tensión con un tono suave:

—Tranquilo, Martín. Es… bueno, parece que las cosas han ido más lejos de lo que creíamos.

Martín, aún boquiabierto, negó con la cabeza, como si intentara sacudirse el desconcierto. Respiró hondo y se pasó la mano por el rostro, tratando de recomponerse. Pero el padre protector que llevaba dentro ya había despertado.

—¡Catalina! —gritó con una mezcla de sorpresa y cierta ira contenida—. ¡Apártate de ese cabrón! —Jamie lo detuvo en seco antes de que diera un paso más hacia la escena.

Ambos se sobresaltaron al ver la presencia de Martín y de Jamie. Los ojos del padre parecían a punto de salirse de las órbitas.

—Martín, cálmate. No hagas ninguna tontería.

Martín lo miró, con los ojos aún desorbitados, pero respiró hondo.

—¿¡Qué no haga una tontería!? —gritó a voz en cuello.

Jamie creyó que hacer una escena no era la solución, al menos en ese preciso momento.

—¡Lo voy a matar! —replicó Martín mientras daba un paso adelante. Jamie lo detenía con verdadero esfuerzo porque Martín

parecía ido de furia.

Alexander Wesley había perdido su particular verborrea al ver que el padre de Catalina deseaba saltar hacia él y cortarle la yugular. Menos mal que Jamie Penword se lo impedía.

Martín trataba de soltarse de Jamie, y cerró los ojos, tratando de contener su furia. Había lidiado con muchas cosas en su vida, pero nada le dolía tanto como ver a su hija en brazos de otro hombre, y menos de una manera tan pública.

—Papá —balbuceó Catalina, que tenía las mejillas rojas. De repente, se llevó la mano a la boca—. Eulalia me matará —murmuró la joven, casi como una sentencia.

Jamie, con mirada seria, añadió:

—Eulalia probablemente os mate a los dos.

—¡Que me sueltes, joder! —le gritó Martín a Jamie, que no estaba dispuesto a soltarlo, ni aunque su vida dependiera de ello.

Los gritos de Martín resonaron por los jardines de Crimson Hill y, en cuestión de segundos, la tranquila velada navideña se vio interrumpida por una tormenta emocional. Jamie, que seguía esforzándose en contener al furioso padre, sentía que Martín se le escapaba de las manos.

Justin fue el primero en llegar, con el ceño fruncido y una mirada de preocupación que no dejaba lugar a dudas: algo grave estaba ocurriendo. Justo detrás de él, Dawn, Eulalia, Isabel y Harry llegaron con pasos apresurados, y sus expresiones pasaron de la curiosidad a la incredulidad a medida que captaban lo que estaba ocurriendo.

Emily se quedó a cargo de los niños pequeños, aunque estaba deseando saber qué ocurría.

Todos se quedaron perplejos al ver a Martín luchando contra Jamie, mientras Catalina, con las mejillas enrojecidas, intentaba ocultarse detrás de Wesley, quien, para colmo, parecía más pálido que un fantasma.

—¡Por Dios santo! —exclamó Eulalia, llevándose las manos a la boca al ver la escena—. ¿Qué demonios está pasando aquí?

—¡Tu hijo está intentando cometer un asesinato! —espetó Jamie, sudando por el esfuerzo de sujetar a Martín, que seguía luchando como un toro bravo.

—¡Voy a matarlo! ¡Lo juro! —bramó Martín, incapaz de calmar su furia mientras señalaba a Wesley con un dedo acusador—. ¡A ese desgraciado que ha osado tocar a mi hija!

Catalina, que aún no había logrado decir más que un tartamudeo, intentaba juntar las palabras, pero la vergüenza y el temor a la reacción de su padre y de todos los presentes la tenían paralizada.

—Papá, por favor, no... —suplicó, mientras Wesley intentaba inútilmente encontrar su voz, todavía en estado de shock ante la magnitud de la situación.

Eulalia, con una mezcla de firmeza y protección maternal, avanzó hacia su hijo, mirando primero a Catalina y luego a Wesley. Sin titubear, le dio un suave empujón a Jamie para liberar a Martín de su agarre, quien respiraba agitadamente.

—Martín, cálmate —dijo con un tono que no admitía réplica, y luego se volvió hacia el joven Wesley—. Ahora tú... nos debes una buena explicación.

Wesley, que solía tener respuesta para todo, solo pudo balbucear, sintiéndose más pequeño que nunca bajo la mirada implacable de Eulalia y la furia de Martín.

—Yo... nosotros...

—¡Eso no es una respuesta! —gritó Martín, que había logrado liberarse lo suficiente para intentar abalanzarse de nuevo sobre Wesley. Justin y Harry intervinieron rápidamente para sujetarlo entre los dos.

—¡Ya basta! —exclamó Eulalia, mirando a todos los presentes, en especial a Catalina, cuya vergüenza era palpable—. Vamos a discutir esto dentro de la casa, no vamos a armar un escándalo en medio del jardín.

Eulalia se refería a todos los jóvenes que venían corriendo al oír los gritos de los mayores. La duquesa, que hasta ese momento había estado observando en silencio, intentó mediar:

—Eulalia tiene razón, todos necesitamos calmarnos. Esto... Bueno, una conversación más tranquila en la biblioteca puede aclarar esto.

—¿Tranquila? —bufó Martín, todavía rojo de furia—. ¡No hay nada tranquilo en que un hombre como Wesley se acerque a mi hija!

—Acercar no es lo que yo vi —murmuró Jamie, tratando de aliviar la tensión con un mal intento de broma, pero solo recibió una mirada de advertencia de su esposa Isabel.

Entretanto, Wesley por fin recuperó algo de su compostura y, con la voz temblorosa, pero clara, se dirigió directamente a Martín.

—Señor de Valiente... —dijo con un tono formal, como si intentara apelar a cualquier resquicio de racionalidad en él—. Yo... nunca tuve la intención de faltarle al respeto a usted o a su familia. Amo a Paloma. Y mis intenciones son serias.

Martín no podía creérselo.

—¿Amor? —repitió con escepticismo, mirando a su hija.

Catalina, que hasta entonces había permanecido en silencio, dio un paso adelante, sin poder ocultar más el rubor de sus mejillas ni la angustia en sus ojos.

—Papá… abuela… Yo también lo amo.

El silencio que siguió fue profundo y cortante. Martín, que había estado al borde del ataque durante todo el intercambio, de repente pareció perder todo el aire que le quedaba. Sus hombros se desplomaron ligeramente y, aunque aún estaba furioso, hubo algo en la expresión de su hija que lo detuvo.

Eulalia lo miró con una mezcla de comprensión y advertencia en sus ojos.

—Martín, esto no es algo que puedas resolver a gritos —le dijo suavemente—. Tendremos que hablar de esto... tranquilamente.

Martín miró a su madre, estupefacto. ¿Por qué no parecía sorprendida por lo ocurrido? En su mente, se formó una sospecha atroz.

—¿Tú sabías algo de esto? —le preguntó directamente.

El silencio de Eulalia fue la mejor confirmación posible. Jamie, Harry e incluso la duquesa hacían de barrera para que no pudiera abalanzarse sobre el cretino y estrangularlo con sus propias manos.

Miró fijamente al individuo al que ya detestaba con toda su alma y lo taladró con la mirada.

—Infórmame del nombre de tus padrinos.

Se giró con furia y caminó hacia el interior de la casa. Emily lo esperaba impaciente por saber qué ocurría, pero había demasiados niños impacientes por saber qué ocurría.

El duque, que observaba todo el dramático despliegue, cruzó los brazos y murmuró para sí:

—Y yo pensaba que lo más complicado de esta comida de Navidad sería la sobremesa.

12

La noticia del beso entre Catalina y Alexander Wesley se extendió como un reguero de pólvora entre los hijos de Justin y Dawn. Ante el maremoto desatado, los primos mayores decidieron entretener a los más pequeños en la sala de juegos, mientras los adultos conversaban en la biblioteca de la casa.

Devlin, que estaba hablando con Alexandra, se quedó de piedra al oír la exclamación de su hermano Hayden.

—¿Qué? ¿Qué has dicho? —preguntó, mirándolo con incredulidad.

Alexandra, al igual que su hermano Devlin, se giró rápidamente hacia donde estaba Hayden, intentando procesar la información.

—Martín ha retado a duelo al capitán —repitió.

Los rostros de Devlin y Alexandra se transformaron en una mezcla de sorpresa y confusión. Mientras Devlin se llevaba una mano a la cabeza, como si intentara contener sus pensamientos, Alexandra frunció el ceño, intentando comprender lo que significaba eso para ellos y para sus familias. ¿Un duelo? ¿Con el capitán?

«No puede ser», murmuró Devlin. Igual es todo una confusión y Wesley solo le ha dado un beso fraternal —se dijo a sí mismo—.

—Un verdadero beso carnal —apuntó Hayden, que estaba disfrutando de lo lindo con el escándalo.

Las Navidades no podían ser más emocionantes: capitanes osados besando a doncellas. Padres injuriados defendiendo el honor de la familia con un duelo…

—¡Esto es un escándalo! —respondió Alexandra, todavía en estado de shock.

Mientras tanto, los otros jóvenes comenzaron a murmurar entre ellos, intercambiando miradas de incredulidad y fascinación. Andrew, que había estado a un lado, se unió a la conversación.

—El enfado de Martín está justificado. ¿Creen que esto afectará a la relación entre las familias?

—¡Claro que afectará! —exclamó Andrew—. Si ocurre el duelo, puede que muera Martín o Alexander; en cualquier caso, Crimson Hill estará de luto.

—Os recuerdo que Wesley estaba cortejando a Catalina como si no hubiera un mañana —apuntó Hayden, que parecía eufórico—. Lo lógico sería una boda inmediata. ¿Tú qué opinas, Devlin?

Devlin, frustrado, dejó escapar un suspiro profundo.

—No lo sé, pero es un drama que ninguno de nosotros necesita ahora mismo. Ya tenemos suficientes complicaciones.

Alexandra miró a su primo con una expresión pensativa. La

tristeza por la partida de Kent se había suavizado ante la asombrosa noticia del beso entre Alexander y Catalina, que venía a confirmar lo que ya sospechaba.

—Ya se arruinaron las Navidades —afirmó Víctor—. Tal vez deberían casarse antes de que esto se convierta en un escándalo mayor.

Justo cuando Devlin iba a responder, Catalina apareció, visiblemente nerviosa pero decidida. El ambiente cambió y los murmullos se detuvieron de inmediato. Su rostro aún estaba sonrojado.

—Hola a todos... —dijo Catalina con una voz que apenas alcanzó a ser un susurro, y mirando a su alrededor, incapaz de sostener la mirada, añadió—: Parece que ya todos lo saben.

Devlin, consciente de que el momento requería valentía, dio un paso adelante.

—¿Podemos hablar de esto, Catalina? —preguntó con su tono de voz más serio.

La joven asintió, pero antes de que pudiera decir más, Alexandra se acercó, con una expresión de preocupación en el rostro.

—Catalina, ¿estás segura de que esto es lo que quieres? —Su voz denotaba curiosidad.

Devlin miró a Alexandra en busca de alguna indicación en su expresión. Ambos se miraron y, sin necesidad de palabras, supieron que ese sería un tema delicado que habría que resolver.

—El capitán y yo estamos enamorados — afirmó Catalina, dejándolos a todos los presentes boquiabiertos.

Las sonrisas del resto de los jóvenes Penword se desvanecieron, pero la energía en el aire era palpable. Un torbellino de emociones parecía a punto de estallar, y todos eran conscientes de que el verdadero drama apenas comenzaba.

—Alexander Wesley es demasiado mayor para ti —afirmó Paloma, que estaba tan sorprendida como todos.

—Tiene la edad del primo Roderick, y lo amo —confesó Catalina con ojos brillantes—. Además, ya tengo diecisiete años.

—No somos vuestros primos. Vuestra abuela era la aya de nuestra madre, nada más.

Los ojos de Paloma se entristecieron.

—Yo soy vuestra prima —argumentó la chica.

Se hizo un silencio largo.

—Todavía no has sido presentada en sociedad, ¿estás segura de querer perdértelo? —preguntó Alexandra, que no se lo creía.

—Nos presentan en sociedad para encontrar un esposo adecuado, y yo ya lo he encontrado.

—¡Catalina! —exclamó Alexandra muy seria—. Eres muy joven

para saber lo que deseas realmente.

Catalina miró a Alexandra con los ojos entrecerrados. En el salón de juegos de Crimson Hill se encontraban los hermanos Penword, Devlin, Hayden, Victor, Andrew y Beatrice, que estaba muy callada, además de Alexandra y su hermano Logan. También estaba la hija pequeña de Elizabeth. Beatrice se encargaba de entretener a los más pequeños, así que no participaba en la conversación.

***

En la biblioteca se encontraban el duque, Harry, Jamie y el propio Alexander Wesley. Martín, el padre de Catalina, había abandonado Crimson Hill con su esposa e hijo pequeño, y también con María y Victoria, las pequeñas de sus hijas. Paloma había decidido quedarse con su hermana Catalina para serle de apoyo y se había negado a abandonar Crimson Hill sin su hermana mayor. Martín había discutido con Catalina y Paloma, pero Eulalia había apoyado a sus nietas y el padre terminó marchándose lanzando maldiciones.

La duquesa de Arun, Isabel, Elizabeth y el resto de invitados seguían en la sala de té escuchando a Elizabeth tocar melodías navideñas al piano. Esperaban con ansia noticias de la biblioteca, aunque no lo demostraban.

—Catalina y yo queremos casarnos —afirmó Alexander con rostro serio.

Justin prefería estar en cualquier lugar menos en la biblioteca; sin embargo, como anfitrión, no podía escabullirse.

—Pues has elegido el peor modo de anunciárselo al futuro suegro —le recriminó Harry, que también estaba tan soliviantado como Martín.

—Elegí el camino más fácil —afirmó el capitán—. Y no me arrepiento.

—Catalina solo tiene diecisiete años —apuntó Harry, que le sostenía la mirada al capitán.

—Debo embarcar en breve y deseo hacerlo ya con mi esposa.

Justin y Jamie se miraron atentamente. La cosa empeoraba porque estaba claro que el americano desconocía todo lo referente a reglas sociales. Y les parecía cuanto menos sorprendente que Eulalia se mantuvieran en silencio, que delegara en Harry el acoso sobre el capitán.

-El padre no lo permitirá, al menos yo no lo permitiría -dijo Jamie interviniendo en la conversación por primera vez.

En la biblioteca, el ambiente se tensaba aún más a medida que se desarrollaba la conversación. Justin cruzó los brazos, su ceño fruncido mientras observaba el ir y venir de palabras entre Harry y Alexander

Wesley. La resolución del capitán era evidente, pero las complicaciones familiares y las tradiciones pesaban más que el amor joven.

—Catalina es aún muy joven —insistió Harry, con una mirada severa dirigida a Wesley, intentando recalcar el punto.

—Puede que para ustedes lo sea, pero la conozco lo suficiente como para saber que es una mujer fuerte y decidida —replicó Alexander con un tono firme, pero respetuoso—. Nos amamos, y creo que ese es el único argumento que realmente debería importar.

Jamie dejó escapar un suspiro antes de intervenir.

—Hay reglas, Wesley. Tradiciones que no puedes ignorar. No puedes simplemente... casarte y embarcar como si todo fuera una aventura más. Esto es más serio que cualquier misión naval.

El capitán miró de un lado a otro, notando el escepticismo en los rostros de todos los presentes. Su mandíbula se tensó, pero mantuvo la calma.

—No es mi intención huir de las responsabilidades —dijo finalmente, sin apartar los ojos de Jamie—. Estoy dispuesto a cumplir con todo lo que se espera de mí. Pero necesito que comprendan que Catalina y yo hemos tomado nuestra decisión. Mi partida está cerca, y no quiero dejarla atrás sin hacerle una promesa ante el mundo.

Harry negó con la cabeza, todavía reacio a aceptar la situación. Pero Justin, que había estado callado hasta ahora, se adelantó ligeramente. Su voz era más templada, pero aún llena de autoridad.

—Wesley, la cuestión no es si amas a Catalina o si ella te ama. La cuestión es si estás dispuesto a esperar. Catalina aún es joven, y este tipo de decisiones deben tomarse con tiempo y madurez. Si realmente quieres lo mejor para ella, deberías darle ese tiempo.

—Su excelencia tiene razón —añadió Harry con una mirada aprobatoria hacia el duque—. No se trata de evitar el matrimonio, sino de asegurar que sea en el momento adecuado.

El capitán respiró hondo, consciente de que estaba en una batalla difícil. Sabía que el tiempo no jugaba a su favor, pero no podía permitir que la distancia, o peor aún, el miedo al rechazo del padre, destruyeran lo que había construido con Catalina.

De pronto, la puerta de la biblioteca se abrió de golpe. Martín caminaba hacia donde estaban ellos con cara de pocos amigos. Nadie sabía que había mantenido una conversación muy seria con Emily, en la que esta lo había convencido para que regresara a Crimson Hill a pedirle cuentas al capitán. Lo había amenazado con el divorcio si propiciaba un duelo con el americano, sobre todo porque Catalina lo quería y estaba dispuesta a todo con tal de casarse con el capitán.

—Yo me encargo a partir de ahora.

Sus palabras sonaron demasiado amenazantes, pero tanto Justin

como Jamie se alegraban de que el padre hubiera reaccionado al fin. Cuando todos se marchaban, Eulalia se posicionó y Martín miró a su madre con los ojos entrecerrados.

—¡Fuera! —le dijo sin miramientos, porque era el único lenguaje que Eulalia entendía—. Después tendré una charla contigo, y te aseguro que no será amistosa.

Para Martín estaba claro que su madre se había compinchado con Catalina sobre su romance con el capitán, y no se lo iba a perdonar tan fácilmente.

—Yo deseo saber lo que piensas decirle.

Martín ignoraba qué había visto su madre en ese completo extraño, que, además, era un extranjero. ¡Por Dios bendito! Catalina era demasiado joven. ¿En qué diantres estaba pensando su madre para alentarla?

—No pienso repetírtelo —le advirtió.

Harry hizo lo que se esperaba de él. Tomó a su esposa por los hombros y la fue sacando de la biblioteca con las lógicas protestas de ella, pero se mantuvo firme y no cedió a su chantaje.

Ya solos en la biblioteca, Martín se dirigió hacia la mesita con licores. Había pedido que nadie los interrumpiera, y eso incluía al servicio. Se sirvió un coñac doble, pero no le ofreció nada al capitán. Que se sintiera cómodo era lo último que deseaba.

Tardó una eternidad en mirarlo, y cuando lo hizo, se había terminado el coñac. Wesley soportó la espera con entereza y determinación.

—¿Amas a mi hija Catalina? —le preguntó con voz grave.

El capitán asintió con la cabeza.

—Entonces voy a explicarte mis condiciones…

El silencio llenó la habitación durante un largo instante, y luego Alexander Wesley asintió con la cabeza.

13

En la biblioteca, el acuerdo finalmente fue alcanzado. Tras una larga discusión y una mirada profunda, Martín, con el rostro aún endurecido pero resignado, aceptó el compromiso entre Catalina y Alexander Wesley, aunque exigió un plazo de un año antes de que cualquier boda se llevase a cabo.

—Un año —dijo Martín con voz firme, mirando directamente al capitán—. Catalina necesita ese tiempo para terminar de madurar, para asegurarse de que esto es lo que realmente quiere. Si en ese tiempo, seguís tan seguros como hoy, entonces no me opondré. Pero quiero que lo entiendas bien, Wesley. No permitiré que te precipites.

Alexander, reconociendo la magnitud del gesto, asintió respetuosamente.

—Un año —repitió—. Estoy de acuerdo. Cumpliré con lo que pida, señor.

Martín abandonó Crimson Hill para marcharse a Londres, donde lo esperaba su esposa e hijos. Dejaba con su madre Eulalia a Catalina y a Paloma, que se las devolverían en un par de días. Le dijo muy serio que mantendrían una conversación cuando llegara, y la madre aceptó.

El ambiente en la mansión se relajó levemente, las tensiones se disiparon poco a poco. Eulalia, que hasta entonces había permanecido en silencio, sonrió con ternura hacia sus nietas, sintiéndose aliviada por el acuerdo. Sabía que Catalina, aunque joven, era testaruda y seguiría su corazón, pero también confiaba en que el tiempo ayudaría a calmar las aguas.

Harry por el contrario, se mostraba enfadado con su esposa porque no le había parecido bien que conspirara en contra de su hijo Martín. Cuando llegaran a Bromley Hall mantendría una conversación seria con ella.

Y Eulalia se dijo que a ese ritmo todos terminarían hablando con ella para censurar sus acciones, pero como gitana que era, poco le importaba si con ello lograba la felicidad de los suyos.

Sin embargo, no todos en la sala compartían ese alivio. Devlin, que había observado la escena en silencio, sintió un dolor agudo atravesarle el pecho. Las palabras de Martín confirmaban lo que él temía: Catalina y Alexander estaban destinados a estar juntos, y en un año, se casarían. Sus esperanzas secretas, las que apenas había tenido el valor de admitir, se esfumaron ante sus ojos.

Devlin salió de la casa antes de que nadie notara la tristeza en su rostro. Necesitaba aire, necesitaba espacio. Se dirigió a los jardines, donde el frío del invierno parecía menos afilado que el dolor en su

corazón.

Mientras tanto, en Crimson Hill, las festividades continuaban. La familia y los invitados regresaron al salón principal, donde las luces centelleaban y la música llenaba el aire. La tensión de ese día se disipaba, y la armonía comenzaba a reinar de nuevo. Las risas resonaban en la mansión, mientras los juegos y las bromas fluían con naturalidad. Los más jóvenes, ahora tranquilos, se reunían en pequeños grupos, compartiendo charlas y recuerdos alrededor de la chimenea.

En el rincón del salón, Alexandra sentía un atisbo de preocupación pensando en su primo Devlin y en lo que había perdido esa noche.

Por otro lado, Eulalia y Harry observaron desde la distancia a sus nietas. Catalina, aunque joven y algo abrumada por los últimos eventos, parecía más tranquila ahora. Paloma, siempre el apoyo de su hermana, se había quedado a su lado, y las dos intercambiaban sonrisas, comentando sobre el futuro.

—Parece que las cosas, al final, se han encauzado —dijo Justin en voz baja, tomando la mano de su esposa.

—Sí —respondió Dawn, mirando a su alrededor, satisfecha porque todo había discurrido con normalidad—. Crimson Hill vuelve a ser el refugio de siempre, lleno de risas y amor.

—Miedo me da lo que podemos encontrarnos en Whitam Hall los próximos días.

Aurora de Velasco y Beresford, ahora llamada «su excelencia», sonrió con verdadero humor a su esposo.

—La casa de mi padre no es tan problemática como la nuestra.

Justin miró a su duquesa con las cejas alzadas.

—Si aquí tenemos demasiados impulsos juveniles, te recuerdo que tu padre tiene demasiados nietos que le dan verdaderos quebraderos de cabeza.

La duquesa soltó una risa cantarina.

—¿Qué dices de mis sobrinos? —le preguntó socarrona—. Si son angelitos, y dulces como el membrillo.

—¿Deseas que te enumere los futuros dolores de cabeza de John Beresford, marqués de Whitam? —la retó el duque.

La duquesa dejó de mirar a Beatrice y clavó la mirada en Justin.

—Christopher Connor, John Rhys, Evelyn Harper —comenzó a enumerarle.

—Esos son los hijos de mi hermano Christopher —aceptó Dawn ladeando la cabeza—. Y ninguno de los tres le ha dado a mi padre un disgusto.

—Lyal Ross, Sheena Luna y Clyde Ethan…

—Esos son los hijos de mi hermano Arthur —continuó la

duquesa que había entrecerrado lo ojos—. Tienes que tener en cuenta que han nacido en Estados Unidos.

—Y luego están Blanca Catalina y Adam…

La duquesa siguió riendo porque Blanca y Roderick habían protagonizado un verdadero escándalo.

—Acepto que posiblemente tengamos algunos problemas en Fin de Año —terminó con el ceño fruncido—. Aunque confío en que no sean tan graves como los que hemos padecido aquí esta Nochebuena y Navidad.

Justin hizo un encogimiento de hombros.

—Un nuevo compromiso y una boda el año que viene no podemos considerarlo un problema grave —terminó por decir el duque.

—Menos mal que los hijos de mis hermanos no son tan alocados y conflictivos como los nuestros —susurró la duquesa como si le contara un secreto a su marido—. Aunque mi padre también ha invitado a Eulalia a pasar La Noche de Fin de Año con su familia en Whitam Hall.

Justin puso los ojos en blanco…

Las fiestas de Navidad continuaron su curso, y aunque algunos corazones cargaban con dolores y secretos, predominaba la sensación de armonía y celebración. Y así, en medio de los ecos de risas y villancicos, la familia Penword y sus amigos cerraron un capítulo de sus vidas, sabiendo que el futuro traería consigo nuevos retos, alegrías y, tal vez, más sorpresas.

14

Belgravia Manor, Londres

Martín de Valiente y Caballero miraba al capitán Alexander Wesley con atención. Martín era un hombre de recursos y había investigado al individuo que pronto se uniría a su familia mediante la boda de su hija mayor, Catalina. Gracias a su influencia y a los favores que le debían, había descubierto que el capitán era un oficial de Estados Unidos que trabajaba como agente secreto para Washington. También que le habían puesto precio a su cabeza. Vio tantas similitudes en la historia de Wesley y la suya propia que sintió un presentimiento. Tenía la misma edad que Roderick Clayton Penword, heredero del ducado de Arun, y ambos hombres eran muy buenos amigos. Por ese motivo, el capitán había visitado varias veces Crimson Hill, y Martín se preguntó dónde habría coincidido con su hija Catalina para poder enamorarla. Pensó en Eulalia y en las veces que había visitado la propiedad de los duques de Arun, y creyó entender que Catalina habría acompañado en esas visitas donde habría coincidido con el apuesto e irreverente capitán.

Martín de Valiente y Caballero observaba al capitán Alexander Wesley con la mirada penetrante y analítica de un hombre que había visto y vivido demasiado. Wesley, en comparación, parecía un joven en la flor de su vida, aunque su porte y su expresión hablaban de experiencias duras. Su uniforme, impecable, resaltaba su figura atlética y bien proporcionada, pero lo que más llamaba la atención era su rostro: mandíbula fuerte, ojos de un azul intenso que recordaban al mar en tormenta y cabello castaño claro, ligeramente ondulado, peinado con una elegancia despreocupada.

El capitán Wesley no parecía un hombre que huyera de su pasado, sino más bien alguien que se enfrentaba a él cada día. Había en él algo indomable, algo que Martín reconoció de inmediato, quizás porque él mismo había sido así en su juventud. Sin embargo, había algo en su semblante que no terminaba de gustarle a Martín. ¿Cómo era posible que un hombre tan joven hubiera escalado tantas posiciones y tuviera una reputación tan contradictoria?

«Es joven, pero ya ha recorrido un camino peligroso», pensó Martín mientras lo escrutaba de arriba abajo, ocultando sus pensamientos detrás de una expresión neutral.

—Capitán Wesley —dijo Martín finalmente, rompiendo el silencio mientras ambos permanecían en la biblioteca de Belgravia Manor, donde Martín tenía su residencia habitual, y donde había

citado al capitán—. Es un placer conocerte más de cerca, ya que pronto te unirás a nuestra familia.

Wesley inclinó la cabeza en un gesto respetuoso, pero con un toque de esa aire despreocupado que Martín había notado.

—El placer es mío, señor de Valiente. —La voz del capitán era profunda, calmada, aunque escondía una ligera tensión bajo la superficie.

Martín, siempre directo, no tardó en abordar lo que le preocupaba.

—He escuchado muchas historias sobre ti. Algunas buenas, otras... no tanto. Pero lo que realmente quiero saber es tu historia personal. Háblame de tu familia.

—Mi padre es juez en Boston, y mi madre, maestra de escuela. No tengo más hermanos, pues mi hermana Olivia murió hace varios años.

Gracias a sus indagaciones, Martín había descubierto que la hermana de Wesley se había suicidado.

—Háblame de Olivia —le pidió de pronto.

Alexander tensó la espalda.

—No me gusta hablar de mi hermana.

—Porque ella es el motivo por el que te hiciste capitán...

El capitán apretó los labios en un gesto de ira.

A su hermana la habían secuestrado unos piratas y la habían vendido como esclava. Cuando meses después lograron rescatarla, ya no era la misma persona. Olivia no soportó el juicio sumario al que fue sometida y el rechazo de la sociedad fue absoluto, por lo que optó por quitarse la vida. Él había discutido mucho con su padre porque no le había gustado nada la forma en la que este había gestionado el rapto y el posterior regreso de su hermana. Por eso decidió hacerse capitán, para interceptar barcos piratas. Tiempo después, aceptó trabajar para el Gobierno de los Estados Unidos como espía, pero no quería contarle todo eso a su futuro suegro.

Martín supo, por la expresión del hombre, todo lo que estaba pensando, pero no insistió porque Alexander le recordaba demasiado a sí mismo cuando era agente de la corona del Reino de España.

—Cuéntame sobre tus planes con mi hija Catalina. ¿Qué futuro le ofreces?.

El capitán sonrió de medio lado, una sonrisa que denotaba confianza, aunque también algo de desafío.

—Mi familia está en América. Mi padre es juez, dedica su vida a encarcelar delincuentes y creo que está pensando en presentarse a las elecciones. Mi madre, en cambio, es la mejor maestra del mundo. De ella heredé algunas costumbres, pero del lado de mi padre aprendí a vivir al límite, a moverme entre dos mundos. Mi destino, desde que

tomé las armas, ha estado ligado al servicio de mi país.

Martín frunció el ceño. Sabía que Wesley era más que un simple oficial.

—Y tu futuro con Catalina —insistió, queriendo ir al grano—. ¿Dónde piensas llevarla? ¿A América?

Wesley hizo una pausa, midiendo sus palabras. En el tono del padre, supo ver que no estaba dispuesto a permitir que se llevara a su hija tan lejos, pero una vez que Catalina fuera su esposa, poco importaría, pues la llevaría allí donde estuviese él. Sin embargo, decidió templar las aguas.

—Mi país está en un momento decisivo, señor. La situación política y social es inestable. Aunque no quiero llevarla de inmediato a ese caos, sé que es posible que algún día regrese. Mi intención es protegerla y ofrecerle una vida segura. Tal vez en Europa por un tiempo, tal vez en Inglaterra, hasta que sea el momento adecuado. Pero quiero que sepa que su bienestar siempre será mi prioridad. — Hizo una pausa y luego agregó con más suavidad—: Catalina significa el mundo para mí.

Martín asintió, pero no estaba completamente convencido.

—Sabes que los hombres como tú siempre atraen peligro —dijo con franqueza—. Y mi hija no está acostumbrada a ese tipo de vida. ¿Qué me garantiza que no la pondrás en riesgo?

Wesley lo miró a los ojos, con seriedad.

—Tengo solvencia económica pues poseo dos barcos: el El Intrépido y el Vengador. También poseo una extensa tierra muy fructífera en Virginia, donde tengo pensado construir una hermosa propiedad para Catalina.

—Me preocupa tus largas estancias en el mar —le dijo Martín—. Pues veo que no piensas dejar tu puesto de capitán.

No, Alexander no pensaba dejar de ser capitán porque todavía quedaban muchos piratas por apresar.

—No puedo ofrecerle más garantías que las que me ofrezco a mí mismo, señor. Pero le prometo que haré todo lo posible para protegerla y que esté segura. Catalina es fuerte, más de lo que cree.

Martín quedó en silencio un momento, observando al joven capitán. Reconocía la sinceridad en sus palabras, pero también sabía que los juramentos no bastaban cuando estaba en juego el destino. Sin embargo, veía algo en Wesley que le recordaba a sí mismo. Alguien que había recorrido caminos oscuros, pero que estaba dispuesto a luchar por lo que amaba.

—Mi hija no se quedará en una hermosa casa en Virginia durante meses esperando tu regreso… o no. —Alexander había entendido completamente el tono y la advertencia del padre de Catalina.

—Por eso he decidido comprar una bonita propiedad en Southsea, concretamente en Rock Garden.

Esa zona era muy bonita y estaba en Portsmouth. Estaba a poco más de setenta millas de Londres, así que él tendría cerca a su hija.

—Espero que así sea, capitán —dijo finalmente—. Porque si algo le ocurriera a mi hija... no habrá lugar en este mundo donde puedas esconderte de mí.

El capitán Alexander Wesley asintió con firmeza ante las palabras de Martín, sabiendo que no había margen para el error. Catalina no solo era una joven delicada y hermosa a los ojos de su padre, sino también una joya preciada para la familia Valiente. Wesley debía demostrar que su amor por ella no era solo un impulso romántico, sino una promesa de vida.

Martín, tras la dura advertencia, decidió suavizar el ambiente, aunque no relajó la guardia.

—Cuando pase el año de espera que te he pedido, quiero que esta boda sea perfecta. Nada apresurado ni improvisado. Quiero que mi hija disfrute de su momento. —Martín dejó caer su tono más paternal, casi acariciando la idea de la ceremonia.

Wesley tomó aire, sintiendo el peso de esa condición. No le agradaba la idea de esperar tanto, pero lo entendía. Durante ese tiempo, tendría que demostrar a Martín y a toda la familia que era digno de Catalina.

—Lo comprendo —respondió Wesley—. Y ya he comenzado a pensar en los preparativos. Si todo va como espero, podríamos celebrar la ceremonia en Southsea. La propiedad que estoy adquiriendo allí tiene hermosos jardines, y su proximidad al mar la convertiría en el lugar ideal para la boda.

Martín asintió, aunque el brillo calculador en sus ojos mostraba que no se dejaba impresionar fácilmente.

—Southsea es una opción. Aunque tendrás que hablar con Catalina sobre ello. Ella tiene sus propios deseos y no la presiones demasiado. Quiero que ella elija dónde se siente más cómoda.

El capitán sonrió con suavidad.

—No pretendo imponer nada. Catalina y yo discutiremos todos los detalles juntos. Es su boda, después de todo.

—Bien dicho —respondió Martín con un destello de aprobación —. Y, en cuanto a los invitados... —añadió—, no será un evento pequeño, te lo advierto. La familia Valiente tiene lazos no solo en Europa, y muchos querrán presenciar la unión de Catalina con un oficial norteamericano.

Wesley se imaginó el panorama: una boda grande y concurrida, llena de personajes poderosos de ambos lados del Atlántico. No sería fácil mantener la discreción que su vida como agente requería, pero

eso era algo que tendría que gestionar. El amor por Catalina valía cualquier riesgo.

—Estoy preparado para lo que venga —dijo Wesley, serio, pero con una leve sonrisa—. Aunque debo admitir que organizar una boda de tal magnitud será todo un desafío para mí. No es algo a lo que esté acostumbrado.

—Tendrás mucha ayuda, capitán —respondió Martín, ahora más relajado—. Mi esposa, Emily, y mi madre, Eulalia, se encargarán de todo. Tú solo preocúpate por cumplir tu promesa.

Wesley hizo una reverencia respetuosa. Sabía que ese sería un año largo, lleno de desafíos, tanto en lo personal como en lo profesional. Pero también sabía que, al final de ese camino, le esperaba Catalina y que eso hacía que todo valiera la pena.

La conversación se detuvo un momento, y ambos hombres compartieron el silencio que antecede a una batalla interna. Martín, aunque firme y protector, era consciente de que ese joven capitán compartía algo con él: la voluntad de luchar por lo que amaba.

Martín tomó aire profundamente y observó al joven con más calma, analizando cada gesto de Wesley. Aunque el diálogo había comenzado tenso, poco a poco fue sintiendo una curiosa afinidad con él. Lo veía como un hombre capaz, con un pasado de cicatrices y desafíos similares a los suyos, lo que despertaba cierta empatía, aunque jamás lo admitiría en voz alta.

—Tienes mucho por demostrar, Wesley. —Martín se levantó de la silla y se acercó a la ventana para observar los jardines cubiertos de nieve—. Catalina es fuerte, es cierto, pero ella no merece más batallas. Quiero una vida tranquila para ella. Algo que yo nunca pude darle.

Wesley lo siguió con la mirada, comprendiendo el peso de las palabras de Martín. Sabía que no solo estaba enfrentándose al juicio de un padre sobreprotector, sino a un hombre que había visto demasiada guerra y sufrimiento como para desear lo mismo para su hija.

—Mi prioridad será siempre la seguridad de Catalina, señor. No tomaré decisiones sin considerar su bienestar. —El capitán dio un paso hacia Martín, con tono serio—. He hecho mis sacrificios y estoy dispuesto a hacer más. Pero Catalina merece paz, tanto como usted.

Martín asintió lentamente, sin apartar la vista del paisaje.

—Eso espero, muchacho. Porque este año de espera no es solo una formalidad. Es para asegurarme de que ella esté segura y sea feliz. Se giró para mirarlo de nuevo; sus ojos oscuros reflejaban una mezcla de advertencia y aceptación—. Si al final de ese tiempo demuestras ser el hombre que creo que puedes ser, entonces tendrás mi bendición. Y si no...

—No tendrá que preocuparse por eso, señor —interrumpió

Wesley con firmeza, aunque de manera respetuosa—. Cumpliré todas mis promesas. Catalina será lo primero en mi vida.

Martín le sostuvo la mirada un momento más, evaluando la sinceridad en los ojos del capitán, y al fin asintió una vez más, satisfecho, al menos por ahora.

—Muy bien, capitán. Ya veremos. —Caminó hacia la puerta del salón, deteniéndose antes de salir—. Ahora ve y acompaña a mi hija antes de partir hacia Whitam Hall para el almuerzo de Año Nuevo. Y recuerda, Alexander, la familia lo es todo.

Wesley se quedó en el salón por unos segundos más, respirando hondo tras la tensa conversación. Sabía que no había ganado completamente la confianza de Martín, pero estaba un paso más cerca. Se ajustó la chaqueta, recuperando su compostura antes de salir en busca de Catalina.

Mientras caminaba por el pasillo, pensó en cómo sería ese año de espera. No iba a ser fácil, entre sus obligaciones militares y la atención que Catalina requería. Pero estaba decidido a ganarse un lugar, no solo en el corazón de ella, sino también en la familia Valiente.

Al doblar la esquina del pasillo, encontró a Catalina conversando con dos de sus hermanas sobre los arreglos florales para la casa. Su sonrisa al verlo lo tranquilizó.

—Alexander —dijo ella, alzando la vista y dedicándole una de esas sonrisas cálidas que siempre lo desarmaban—. ¿Todo bien con mi padre?

—Sí —respondió él, tomando su mano—. Todo en orden... por ahora. Pero ya sabes cómo es tu padre.

Catalina rio suavemente, entrelazando su brazo con el de él mientras lo guiaba hacia el comedor.

—Te lo advertí. Aunque, si te soy sincera, creo que le agradas más de lo que muestras.

—Eso espero —respondió él, apretando su mano con suavidad—. Por ti, haré lo que sea necesario.

Ambos se dirigieron hacia la gran sala, donde las luces de Navidad empezaban a iluminar la mansión. Los preparativos continuaban, y se oían las risas de las hermanas pequeñas de Catalina resonar por los pasillos de Belgravia Manor.

Para Wesley, esa Navidad no solo marcaba una celebración más. Era el primer paso en un viaje que cambiaría su vida para siempre.